

# **Ladrones de Atlántida**

## **Apostillas y notas del autor**

<i>El misterio de Atlántida: origen del mito y fuentes</i> .....	3
<i>Teoría de la Atlántida según Ali Bey</i> .....	8
<i>Anotaciones de Percy Harrison Fawcett</i> .....	13
<i>Paralelismos culturales</i> .....	18
<i>Lectura de los nombres egipcios</i> .....	21
<i>La navegación en Egipto</i> .....	22
<i>Producción y comercio en Aztlan</i> .....	24
<i>El cultivo de la persea en Aztlan</i> .....	25
<i>El maestro Anaan</i> .....	27
<i>Tras los pasos de Imhotep</i> .....	28
<i>La alquimia mineral</i> .....	32
<i>Dragones en la historia</i> .....	33
<i>La mitología de Aztlan y su legado</i> .....	34
<i>Los calendarios</i> .....	37
<b>Modificaciones del autor sobre el texto original (edición de Nuevos Autores)</b> ....	38
<b>Apéndice I: Fuentes documentales de Platón</b> .....	40
Fragmento del Diálogo <i>Timeo</i> de Platón referido a la Atlántida .....	40
Fragmento del Diálogo <i>Critias</i> de Platón referido a la Atlántida .....	46
<b>Apéndice II: Teorías después de Platón</b> .....	56
<b>Apéndice III: Glosario de Términos Náuticos</b> .....	63
<b>Apéndice IV: Bibliografía principal</b> .....	65
<b>Apéndice V: Otros escritos sobre Atlántida</b> .....	67

Ésta es la dedicatoria que nunca incluí en la novela y de la que me siento deudor:

A M<sup>a</sup> Carmen,

porque sin su apoyo *Ladrones de Atlántida* no se habría publicado.

A mis padres y hermanos, suegros y cuñados,

que siempre conocieron mi afición y pusieron todos los medios a su alcance para ayudarme.

A mis amigos,

que esperaron pacientemente el lanzamiento de mi primera novela y se hicieron con ella sin dudarlo.

A los autores de los que he aprendido y cuyos libros me han ilustrado.

A los lectores que permanecen en el tímido anonimato pero que han puesto su confianza en esta novela y la han leído.

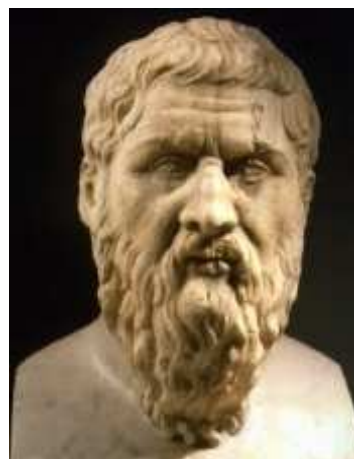
A todos,

por la entusiasta acogida y por los comentarios que me han transmitido y que han permitido componer estas apostillas.

### ***El misterio de Atlántida: origen del mito y fuentes***

A primera instancia, la documentación sobre Atlántida parece abundante y diversa. Muchos son los libros de divulgación que plantean alguna hipótesis concreta sobre su ubicación e intentan hallar argumentos para justificarla. Hay múltiples alusiones a este enigmático nombre (Atlántida o Atlantis) en decenas de películas y programas. Y las referencias en Internet se cuentan por miles. Sin embargo, la bibliografía realmente útil es escasa y muy pocas son las obras de ficción que tratan exclusivamente de la Atlántida y desarrollan con detalle el mundo que pudo ser.

Con alguna excepción, los únicos documentos de los que puede sacarse información de provecho son los Diálogos de Platón (véase el apéndice I), en los que empezó el mito. Mientras no haya restos arqueológicos que demuestren lo contrario, no se puede saber si la Atlántida fue tan sólo una invención del filósofo para ilustrar un paradigma de nación, pero ya ocurrió antes con la Troya de la que hablaba Homero en sus poemas.



Hay un aspecto adicional a considerar: la traducción de los Diálogos vertida del griego antiguo puede hacer variar la interpretación que se haga del texto. Esto ocurre, por ejemplo, con el vocablo utilizado por Platón -Nésos- para describir el territorio atlante y que, según el investigador que dé su significado, puede entenderse como “continente”, o como “península” o “isla” (el científico Georgeos Díaz-Montezano defiende esta última traducción). No obstante, ¿quién no reconoce al oírlo el nombre de esta mítica tierra, sea una isla, una península o un trozo de continente?

Antes de empezar a dar forma a este proyecto, “***Ladrones de Atlántida***”, me hice la pregunta: ¿Y si hubiera existido? Sobre esta idea comencé a construir mi visión de lo que puso ser la Atlántida, tomando los planteamientos que me parecían más acertados, más creíbles o basados sobre mejores fundamentos.

Dice Critias en el Diálogo del mismo nombre: “*Todos estos y sus descendientes vivieron allí durante muchas generaciones y gobernaron muchas otras islas en el océano y también dominaron las regiones interiores hacia aquí, como ya se dijo antes, hasta Egipto y Etruria.*” De modo que la civilización atlante parece que, en efecto, alcanzó otras tierras, ya fuera comercial o militarmente, e implantó su hegemonía sobre ellas.

Entre las varias opciones de ubicación, dado que no había ninguna con pruebas irrefutables que la validaran, opté por elegir aquella que era tradicionalmente más familiar, la que debemos sobre todo a la labor de Ignatius Donnelly.

En el siglo XIX, los franceses Brasseur de Bourbourg y Le Plongeon se mostraban convencidos de que algunos habitantes de la Atlántida habrían conseguido llegar hasta Centroamérica tras el hundimiento de la isla, ejerciendo luego una influencia decisiva sobre las culturas olmeca, tolteca, maya y azteca. Los descendientes de los mayas han conservado una tradición acerca de una isla llamada Aztlan, que sería, supuestamente, la patria originaria de todas las tribus indígenas centroamericanas, entre ellos los mexicas y aztecas.

Donnelly (1831-1901), novelista y erudito, era el miembro más instruido del Congreso Norteamericano a finales del siglo XIX. En 1882 publicó un libro, "*Atlantis: The Antediluvian World*", que conocería más de cincuenta ediciones y que sirvió de punto de partida para numerosas teorías posteriores. A partir de ese momento, la Atlántida se transformó en tema de conversación obligado para cualquier tertulia. En dicha obra no se ofrecían nuevas pruebas de la existencia de la Atlántida, sino que se hacía una síntesis de las ya existentes, encontrando nexos entre aspectos que no parecían tener relación. Consiguió establecer una secuencia de argumentos que, además de corroborar la historia original de Platón, brindaba datos nuevos sobre el continente perdido. Estudió los enigmas de distintas culturas y conjeturó que la Atlántida fue un continente entre Europa y América que quedó sumergido y que incluso llegó a constituir un puente terrestre entre ambos mundos.

Donnelly se basó en lo que los antropólogos denominan Teoría difusionista, la cual sostiene que, si en lugares muy apartados surgen culturas parecidas, el hecho no puede ser casual, sino que se debe a contactos directos o indirectos. Las dos culturas con tantas similitudes son la egipcia y la mesoamericana. Son asombrosas las semejanzas entre sus templos, llaman la atención el hecho de que ambas culturas construyeran estructuras piramidales y utilizaran jeroglíficos en su escritura, así como la similitud entre sus aparejos y, aunque a Donnelly le pasó desapercibido, ambos pueblos representaban a sus dioses con forma de animal o con forma híbrida (humano y animal). Debido a todo esto, podría pensarse que hubo un contacto cultural continuado entre los antiguos egipcios y los antiguos habitantes de Centroamérica, aunque muchos antropólogos rechazan esta propuesta arguyendo que las culturas tienden a evolucionar de modo semejante aunque no tengan relación entre sí. La teoría tuvo sus detractores, naturalmente, y, de hecho, hubo puntos que fueron refutados razonablemente.

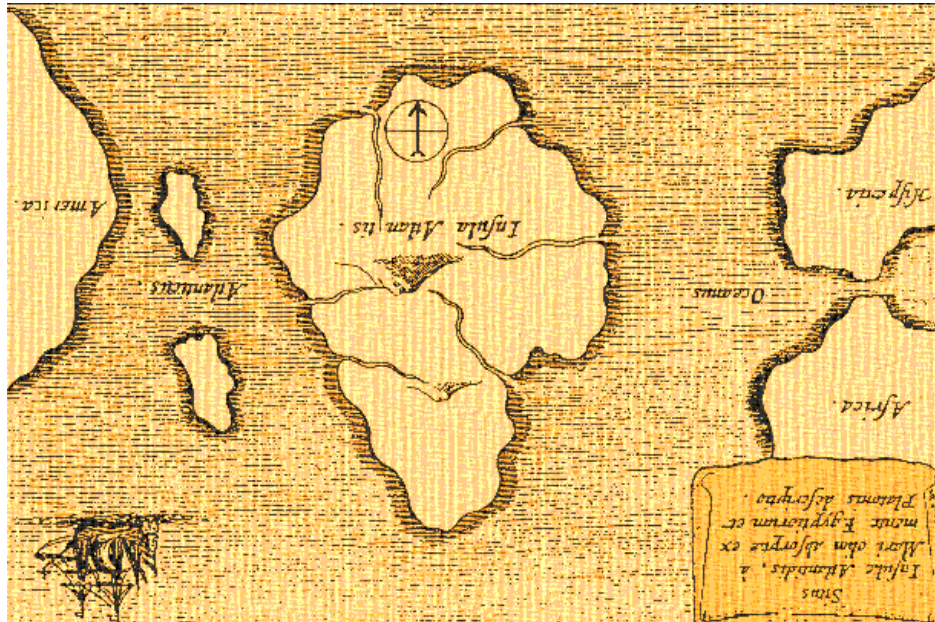
Las verdaderas motivaciones de Donnelly en su búsqueda del continente perdido salieron a relucir también. "Los habitantes de la Atlántida", escribió, "fueron los padres de todas nuestras concepciones básicas sobre la vida, la muerte y el mundo. Su sangre corre por nuestras venas" y "cualquier peculiaridad de las razas, de la sangre, cualquier iluminación del pensamiento, conduce, en último término, de regreso a la Atlántida". Donnelly y sus seguidores quisieron encontrar las raíces de la humanidad en una raza de superhombres, lo que explica en parte el porqué de la fascinación por la Atlántida. Son muchas las civilizaciones que poseen leyendas sobre algún tipo de paraíso, un mundo antediluviano en el que la humanidad vivía en paz y prosperidad.

El libro de Donnelly se convirtió en un clásico para aquellos que creían en la existencia de la Atlántida. Su mapa sitúa la isla en el océano Atlántico, más allá de las columnas de Hércules, donde, según Donnelly, también la situaba Platón.



Estas afirmaciones ya se hacían siglos antes. En su escrito de 1638 *Nova Atlantis*, el inglés Francis Bacon, uno de los primeros eruditos occidentales en interesarse por el tema, identificaba el entonces recién descubierto continente americano con la nación descrita por Platón. Veintisiete años después, otro sabio, el jesuita alemán Athanasius Kircher, en su obra "*Mundus Subterraneus*", afirmaba que se habría tratado de una isla propiamente dicha, de un tamaño inmenso, fijando su enclave al oeste del estrecho de Gibraltar, entre Europa y América, tal como figura en

el siguiente mapa (se ha invertido la imagen para hacerlo coincidir con las representaciones cartográficas habituales).



Según una tradición, los cartagineses descubrieron una isla paradisíaca en medio del Océano. Empezaron a poblarla hasta que, temiendo que se propagara la noticia y se congregara en la isla una gran multitud, decidieron prohibir la navegación hasta ella y aniquilar a todos los que se habían instalado en el lugar.

En la novela, se ha considerado que Atlántida se hallaba en el Océano Atlántico, pero con dos ligeras matizaciones: se trataba de un archipiélago de menores dimensiones y, tal como describía Platón en su obra, más próximo al Estrecho de Gibraltar (las Columnas de Hércules) que a América.

Cuando los griegos contemporáneos de Platón reconstruyeron la historia remota de sus antepasados, reconocieron que su cultura había nacido como reflejo de las civilizaciones de Mesopotamia y Egipto, de esa “luz traída de Oriente” por los navegantes fenicios. Para no reducir el papel de los ancestros al de meros receptores pasivos, se incluyó entre los relatos orales y las leyendas la aparición de Zeus, el mayor de los dioses de la Hélade, afirmando que fue quien viajó a Fenicia para, transformado en toro, apoderarse de la cultura oriental, personificada en la doncella llamada Europa que raptara llevando sobre su grupa hasta las playas de Creta, identificada por el historiador Tucídides como la sede de la primera cultura que surgió en el Egeo.

Esto ocurrió hacia 2.000 a.C., cuando se produjo la expansión minoica y se construyeron los primeros palacios en Creta. Tras la hecatombe provocada por un seísmo, hacia 1700 a.C., se reanudó la construcción de edificios ostentosos y la escritura jeroglífica es sustituida por el Lineal A, mientras se relacionaba de forma fructífera con la Grecia continental, las islas cercanas, y con Egipto y Asia Menor gracias a su estratégico emplazamiento. Más tarde, tras la erupción del volcán de Thera (actual Santorini) que afectó a la propia Creta y a su flota, la isla fue invadida por los micénicos, que destruyeron los palacios.

Las excavaciones arqueológicas en Creta y otras islas cercanas parecen apoyar la teoría de que la leyenda proviene de la destrucción de la civilización minoica tras la erupción de Thera (la actual Santorini), un volcán varias veces mayor que el Krakatoa. Los defensores de esta teoría afirman que la leyenda original sitúa la Atlántida fuera del Mediterráneo simplemente por dramatismo.

Hoy en día, el asunto de Atlántida no ha perdido trascendencia y sigue formando parte de serias investigaciones en todo el mundo. Sirva de ejemplo el curso impartido el pasado mes de marzo de 2005 por la doctora en Historia Antigua María Teresa Macadán y promovido por la prestigiosa Fundación Arqueológica Clos y el Museo Egipcio de Barcelona. Por otra parte, entre el 11 y el 13 de julio de 2005 se ha celebrado en la isla griega de Milos "Atlantis 2005", la "I Conferencia Internacional de Investigación sobre la Atlántida". Según los organizadores, este evento apunta a servir como foro para la presentación y discusión constructiva de todas las hipótesis científicas que se han publicado sobre la tierra perdida de Atlántida y para reunir a especialistas de todas las disciplinas científicas implicadas en destacar los aspectos de este tema. El Comité Internacional de este evento estuvo compuesto por más de cuarenta selectos investigadores de Universidades y centros científicos de investigación de Europa y EE.UU.

### ***Teoría de la Atlántida según Ali Bey***

Resulta peculiar que el aventurero Domingo Badía y Leblich naciera en Barcelona (1767) y falleciera envenenado por los ingleses en Damasco (1818). Los deberes profesionales de su padre trasladaron a toda la familia hasta Almería, donde el ambiente morisco de la época le hizo interesarse por el Islam. Estudió árabe en Córdoba y en 1793 empezó a relacionarse con la Corte. Godoy, primer ministro de Felipe V, le encomendó la misión de espionaje que le haría célebre para la posteridad. Adoptó otra personalidad, se hizo pasar por musulmán, bajo el nombre de Alí Bey el-Abbasi, y recorrió Marruecos, Argelia, Libia y diversas regiones del imperio Otomano, visitando territorios donde nunca antes había estado un occidental. Desilusionado con Carlos IV, prestó sus servicios a Napoleón desde 1808.

En la primera parte de su famosa obra, *Viajes de Ali Bey*, que versa sobre sus experiencias en Marruecos, dedica el último capítulo, titulado *De la antigua isla Atlántida y de la existencia de un mar Mediterráneo en el centro de África*, a exponer su propia teoría sobre la existencia y desaparición de la Atlántida. Nótese que, al contrario de lo que pretendieron hacernos creer los especuladores del siglo XX, la Atlántida era un tema que preocupaba a los investigadores en todas las épocas. Recogemos aquí algunos fragmentos:

“[...] He pensado:

1. Que la antigua isla Atlántida se formaba de la cordillera del monte Atlas.
2. Que existe en África un mar Mediterráneo, que así como el Caspio en Asia, existe por sí mismo sin comunicación con los otros mares.

Después de tantos sistemas y conjeturas sobre el sitio que debió ocupar antiguamente la isla Atlántida, parecerá quimera reproducir una cuestión tantas veces ventilada y olvidada ya en el día; mas como yo no hago aquí sino indicar ligeramente esta idea, discutida con demasiada frecuencia por otros escritores, su coincidencia con



la existencia de un mar interior en África me servirá de excusa con los lectores, quienes no obstante podrán mirar el presente capítulo como un episodio de la historia de mis viajes.

[...]

Si consultamos los autores y mapas antiguos, hallaremos designados con el nombre de mar Atlántico los mares que ciñen el África por levante, mediodía y occidente; y pues el país de Atlas daba su nombre a mares tan distantes, es claro que con mayor razón lo habrá dado al mar de Sáhara que bañaba sus costas, y entonces la isla de Atlas o Atlántida se presenta rodeada por el mar del mismo nombre y por el Mediterráneo, ofreciendo exactamente la primera circunstancia referida a Platón por el sacerdote de Sais, quien dice que esta isla estaba situada a las orillas del mar Atlántico.

Otra de las particularidades de aquella isla era hallarse enfrente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las Columnas de Hércules. El sacerdote no dice simplemente que la isla estuviese enfrente de las Columnas de Hércules, sino que marca con más especialidad el sitio, diciendo que estaba enfrente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las Columnas de Hércules. Ahora bien, esta embocadura nunca ha sido otra sino el estrecho de Gibraltar; y el pequeño Atlas, que es un brazo de la cordillera que se extiende hasta Teza y Tetuán, llena exactamente la segunda condición.

Dicha isla era mayor que Libia y Asia juntas. Tal es poco más o menos la extensión del Atlas grande y pequeño.

El sacerdote de Sais añade que de esta Atlántida pueden los viajeros pasar a otras islas, de donde fácilmente van al continente. Es claro que el gran número de islas del Mediterráneo podía facilitar las comunicaciones de la Atlántida con los diferentes puntos del continente de Europa y Asia, bañados por dicho mar, y tanto más, cuanto en el estado de pujanza en que se supone a los reyes atlánticos, debían extender su

dominio a las pequeñas islas vecinas, para servirse de ellas como de escalas, según la expresión del mismo sacerdote de Sais.

La dominación de los reyes atlánticos establecida por un lado desde Libia hasta Egipto, y por el otro hasta la Tirrenia, y sus amenazas contra los griegos, concuerdan perfectamente con la posición de aquella isla, situada en la línea central del país, y con su numerosa población.

Una sola objeción puede oponerse a este sistema, la cual a primera vista parece que debía destruirlo. Es la que se deduce de la desaparición de la isla, ocasionada, según el mencionado sacerdote, por horrorosos temblores de tierra y desastrosas inundaciones. La isla, en efecto, ha cesado de existir, pues se ha transformado en continente; es también posible que algunas partes de la isla hayan sido tragadas por los terremotos, como por ejemplo la porción que ocupaba el espacio llenado hoy día por el golfo de Trípoli, desde el cabo de Bou, junto a Túnez, hasta el cabo Ras Sem inmediato a Dérna: los grandes bancos de Kirkenni y Sidra que están en dicho golfo vendrían también a apoyar dicha hipótesis, si se les quiere considerar como restos de una tierra sumergida; lo cual coincidiría también con la última circunstancia mencionada por el sacerdote de Sais sobre la isla Atlántida. En cuanto a la sumersión total en veinticuatro horas de una isla tan extensa como suponen la Atlántida, y de sus montañas, es un suceso imposible de admitir, si se atiende a las inmensas simas que sería indispensable suponer para concebir efecto tan prodigioso; suposición absolutamente gratuita, y de ningún modo apoyada en otros hechos análogos sacados de la historia de la naturaleza después del último gran cataclismo.

Si se supone que llegaba la isla del Atlas hasta el cabo Ras Sem, entonces esta parte de la Atlántida se hallará enfrente y a corta distancia de la Tirrenia, Grecia, Asia, Egipto y Libia; y aquí tenemos el teatro de las conquistas de los atlantes, cuya metrópoli se hallaba en el centro.

Podría muy bien amontonar pruebas sobre pruebas, y raciocinios sobre raciocinios en apoyo de mi sistema; mas no queriendo tratar esta cuestión sino como accesoria y subordinada a la de la existencia de un mar interior en África, abandono la solución a los críticos que ya la han analizado. Sin embargo, dejando aparte la multitud de sistemas que se han publicado sobre la Atlántida, creo poder hacer observar que la posición dada a aquella isla por el autor de la *Historia filosófica* del mundo primitivo no responde a los datos que tenemos del sacerdote de Sais; pues entonces no estaría a orillas del mar Atlántico, si se la coloca, como él hace, en medio del Mediterráneo, que jamás ha llevado el nombre de Atlántico, ni enfrente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las Columnas de Hércules, es decir, el estrecho de Gibraltar, de donde, según el autor citado, debiera distar 200 leguas: en tal hipótesis ninguna línea recta tirada desde la isla hubiera terminado en el estrecho sin pasar por las tierras intermedias, a causa de la proyección de las costas de aquel mar; desde luego el reducido espacio donde coloca la isla no podía contener un territorio tan grande como Libia y Asia juntas, sea cual fuere la reducción que se haga experimentar a los países conocidos entonces bajo estos nombres, y aún menos un territorio en el cual reinaban soberanos célebres por su poder... que extendían su dominio a inmensos países adyacentes, y que estaban orgullosos con tantas fuerzas. Bien veo que el autor de la *Historia filosófica* ha prevenido estos inconvenientes con ingeniosas soluciones; y confieso también que sólo con mano trémula es como aventuro algunas objeciones al autor de un monumento que miro como el código de la naturaleza; pero a él mismo es a quien someto mis observaciones, persuadido a que hará justicia a mi afán por hallar la verdad, cualquiera que sea el grado de probabilidad que se pueda atribuir a mi sistema.

Debo también advertir que la posición dada a dicha isla por Bory de Saint-Vincent en sus *Ensayos sobre las islas Fortunadas* tampoco llena mejor las circunstancias mencionadas por el sacerdote de Sais, pues Bory la supone en el mar Atlántico, y no

en las riberas de dicho mar, como dice éste. En tal caso ya no tendría por un lado Libia, y por otro la Tirrenia. Según la situación y forma que les da, los atlantes no hubieran tenido otras islas intermedias para pasar al continente. Pero lo que todavía hay de más notable es que el sacerdote dice positivamente que Atenas existía ya desde el tiempo de la isla Atlántida, y que los atenienses armabas flotas contra los atlantes conquistadores: resulta, pues, en el sistema del autor, no obstante su comentario, que en tiempo de la Atlántida el estrecho de Gibraltar y Atenas no existían, porque el uno aún no estaba abierto, y de la otra, con todas las llanuras de Grecia, se hallaba todavía sumergida por las aguas del Mediterráneo, las cuales no la dejaron en seco sino para romper el estrecho y tragarse la Atlántida. ¿Cómo, pues, los atenienses, cuyo país aún no existía, pudieron poner freno a la ambición de los atlantes? ¿Cómo fue posible que las flotas de ambos entrasen y saliesen del Mediterráneo, que según la suposición del autor era a la razón un lago cerrado por todas partes sin comunicación con otro mar? Remito la discusión detenida de este proyecto a mis *Memorias* sobre la parte científica de mi expedición de África.

[...]

He aquí las razones que me determinaron a creer la existencia de aquel mar, aun antes de viajar por África; razones que discutí en 1802 en París con muchos sabios del Instituto, y en Londres con algunos miembros de la Sociedad Real. También envié desde Cádiz una memoria sobre el mismo asunto, fecha 30 de mayo de 1803, y otra de Trípoli, en noviembre de 1805.

[...]

Un hecho tan notable desvanece hasta la más ligera apariencia de duda sobre la existencia del mar interior o mar Caspio africano, que Buhlâl llama siempre Bahr Sudan o mar de la Nigrícia; por lo demás, a mis ojos ya estaba demostrado antes de mi viaje a Marruecos, por los cálculos de sana física que he indicado.”

### ***Anotaciones de Percy Harrison Fawcett***

En 1925, el explorador inglés y coronel de la Real Artillería de Su Majestad P. H. Fawcett desapareció en la selva de Brasil, en la zona que ahora se conoce como Parque Nacional do Xingu. Buscaba en la espesura del Mato Grosso una civilización perdida, originaria de la Atlántida, después de una vida llena de aventuras en Asia y América del Sur. Sus expediciones inspiraron a escritores como Arthur Conan Doyle y a Henry Rider Haggard. Desde su desaparición, se transformó en una de las mayores leyendas de este siglo; de hecho, Steven Spielberg se inspiró en él para crear el personaje de Indiana Jones. El libro *A través de la selva amazónica* recopila los diarios de expedición de Fawcett, editados por su hijo Brian.

En el capítulo 20 de dicha obra, Fawcett hace un compendio de curiosas especulaciones sobre las culturas americanas:

“La tradición mexicana nos cuenta que en un pasado remoto llegó a Cholula desde el este un pueblo tolteca (es decir, sabio y artista) que formó la enorme y próspera nación artífice de la construcción de la arquitectura ciclópea que precedió a la de los aztecas. Los toltecas pudieron tener otros nombres. Estaban, por ejemplo, los olmecas y los xicalancas, quienes se atribuían una gran antigüedad y a quienes se consideraba los destructores de los últimos gigantes. Por mor de la sencillez los llamaré toltecas. Los gigantes también figuran en la tradición peruana. Los muiscas y puruhaes de Colombia y Ecuador conservaban la leyenda de Bochita, quien vivió dos mil años y fundó sus civilizaciones, como Quetzalcóatl la de los aztecas. También él llegó del este. Una rama de estos mismos pueblos ocuparon una isla del sur, que se extendía desde la actual Guatemala hacia el este, hasta más allá de las Galápagos, y hacia el sur hasta 20º por debajo del ecuador.”

En el capítulo 21 menciona unas técnicas muy similares a las que luego defendería Joseph Davidovits sobre las construcciones egipcias (véase el capítulo *La alquimia mineral* de estas apostillas):

“Los incas heredaron fortalezas y ciudades erigidas por una raza anterior y las reconstruyeron a partir de sus ruinas sin excesiva dificultad. Cuando realizaron ellos mismos construcciones en piedra –en las regiones en que esta era el material más conveniente, pues en la franja costera solían utilizar el adobe-, adoptaron la misma técnica de las juntas sin argamasa, increíblemente precisas, característica de los edificios megalíticos más antiguos, aunque no intentaron emplear las enormes masas de piedra preferidas por sus antecesores. He oído comentar que encajaban las piedras por medio de un líquido que suavizaba las juntas hasta conferirles la consistencia de la arcilla.”

### **Las ciudades atlantes de la novela**

Varias son las poblaciones que se mencionan en el texto de esta obra, pero sólo en algunas de ellas la narración se detiene para hacer una descripción de su apariencia e infraestructura. Sin duda, sería más fácil imaginarlas si las comparamos con sitios que existen en la actualidad y que podrían haberlas inspirado. Así es como la mente del viajero aprovecha la bondad y la belleza de lo que ha visto para concebir otros lugares.

- **Thool** es la primera que se cita, como capital de Aztlan. En ella desemboca un caudaloso río llamado Tsela que la convierte en la ciudad de los canales y, a pesar del triple cinturón amurallado que protege la boca que da entrada y salida al mar, recuerda mucho a la antigua Amsterdam, donde las vías acuáticas eran tan importantes como las terrestres y aún hoy los canales forman anillos concéntricos.

Durante su incursión por Thool, Weni Imhotep frecuentó su Plaza Mayor. Un fragmento de la “Ley de los Dioses” que aparecía inscrita en el monolito de la plaza en un idioma que Weni no sabía leer es la extraña profecía que inicia el libro.

- **Thool-obe-Gara** es la otra localidad importante en la que también se drenaron sectores inundables, se canalizaron las aguas y se construyeron conductos que captaban el agua pluvial. Bien podría evocar a una ciudad más acogedora y entrañable como Utrecht, pero sustituyendo su afamada Universidad por la austera Academia, aunque también recuerda a Venecia.
- **Coatsoon** se nombra varias veces, aunque no llega a describirse cómo es. Su nombre se utiliza para encubrir la historia que hay detrás, pues sus habitantes, exiliados por el cataclismo que azotó Aztlan, serían después aquellos que denominamos olmecas, cuyo pasado enigmático la ciencia desconoce aún hoy en día. Esta ciudad cobrará protagonismo en *Los hijos de la Tierra Blanca*, en la que descubrimos que es una especie de Nueva York, con altos edificios y amplias avenidas.



Las Chimeneas de las Hadas en Capadocia, Turquía

- **Lhamo** es la siguiente en la lista, un poblado construido con materiales volcánicos, entre llanuras de toba y sedimentos de lava endurecida, con grutas excavadas en la blanda roca y llamativas formaciones semejantes a las esbeltas Chimeneas de la Capadocia turca o a los robustos tormos de la Ciudad Encantada de Cuenca. El Nido del Caracol puede recordar a los espectaculares pináculos de roca (Meteoras) que se yerguen en la llanura griega de Tesalia sosteniendo los cimientos de sendos monasterios. Se trata de una veintena de torres rocosas sobre las que un grupo de anacoretas construyó en el siglo XI sus conventos, la mayor parte hoy en ruinas.
- **Aa** es la semilla primigenia, donde todo comenzó según cuenta la historia atlante. Pero resta decir poco más, pues se ha convertido en una aldea al borde del río Tsela que conserva el aspecto de antaño, como muchos viejos pueblos en el mundo.
- En medio de la selva de Lea Aztli (Tierra Inhospita), al norte de esta isla, queda **Hooloke**, cuyas ruinas devoró el bosque y la vegetación de Kitce, al igual que sucedió con los restos arquitectónicos mayas en Centroamérica.
- La potente luz de **Cozatl-ik-Kala** es un homenaje al maravilloso Faro de Alejandría, aunque no alcance su magnificencia y la orientación geográfica sea la opuesta.
- Por último, **Totlan** es la ciudad fortificada que deslumbra junto a la costa, bañada por el mar como ocurre con la anciana Tulum maya en el litoral



caribeño de Yucatán. Y su trazado de avenidas paralelas barridas por los vientos nos hace pensar en La Valletta, la capital maltesa. Su nombre recuerda a Tula, la capital de los toltecas, en México, que podían haber fundado los descendientes de quienes residían en Totlan.

Todo esto tan sólo conforma una parte de Aztlan. Se trata quizás de los lugares de mayor esplendor, pero no los únicos que tienen algo que enseñar en el archipiélago.

En cuanto al nombre elegido para Atlántida en la novela, se optó por el del lugar mítico donde se habían asentado los aztecas antes de iniciar su larga peregrinación, Aztlan, que en náhuatl significa “Tierra Blanca” (a veces se ha traducido también, tal vez erróneamente, como “el país de las garzas”) y que cobraba más sentido en la narración al hablar también de Kemet, la “Tierra Negra”. Aunque la palabra *atl* significa “agua” en náhuatl y muchos la relacionan con vocablos como Atlántico, descarté este origen etimológico pues me pareció más probable que nombres como Atlántico procedieran del árabe, concretamente de *al-Bahr al-Atlas*, el “Mar de las Montañas Atlas”.

### **Paralelismos culturales**

El pasado 23 de marzo de 2005, Dietrich Wildun, director del Museo Egipcio de Berlín, aseguró que las culturas precolombinas y la cultura faraónica egipcia comparten paralelismos y similitudes arquitectónicas y religiosas que permiten formular "fascinantes" conjeturas sobre los orígenes de la cultura de la humanidad. No obstante, puntualizó que la antropología y la arqueología han demostrado fehacientemente que no existe relación directa alguna entre ambas culturas. El especialista alemán, que ha viajado durante un año y medio para estudiar las culturas mexicanas, explicó que entre esas similitudes destacan las formas de las pirámides, así como la escritura mediante jeroglíficos y el papel del Sol como figura central en la religión. Ambas concepciones culturales tenían el Sol como principal objeto de adoración. En el caso de los egipcios, el astro (Ra) era la representación directa de los dioses y los faraones la manifestación etérea de los hombres (fuente: <http://blogia.com/terraeantiquae/index.php>).

Por mi parte, me atrevo a destacar sobre otros aspectos un punto de unión arquitectónico entre las culturas egipcia y maya, tan distantes en el espacio y quizás no tanto en el tiempo: el uso de la forma piramidal y el hecho de que, como quedó demostrado en sus construcciones, no conocían el arco. Las bóvedas en saledizo que los egipcios componían en el interior de las pirámides y en sus centros de culto resultaban del acercamiento de las hiladas de ambos lados, tal como ocurría en realidad con los umbrales y los pasajes que empleaban el llamado "arco maya". Es uno de los aspectos que se reflejan en el libro, proporcionando un origen común a esta convergencia que, podríamos pensar, fue casual. Esta bóveda primitiva por acercamiento de las paredes que convergen también se utilizó con posterioridad en otro lugar remoto, en las construcciones realizadas durante el imperio Jemer en Camboya.

En cuanto a la forma piramidal, no es casualidad que fuera utilizada, por ejemplo, por los egipcios en sus construcciones a partir del tercer milenio a.C. durante algunos cientos de años; por las civilizaciones mesopotámicas desde 2.500 a.C. en el alzamiento en varias ciudades de los zigurats, actualmente desmoronados; por los chinos desde los tiempos del emperador Qin Shihuang, en el siglo III a.C. en las estructuras que hoy yacen como montículos de tierra inexplorados; por diferentes culturas mesoamericanas aproximadamente desde el siglo VI en adelante; y por el imperio Jemer entre los siglos VII y XIII.



Galería en el Palacio de Palenque



Interior de templo en Angkor Wat, Camboya  
(Foto de Lucía Bartolomé)

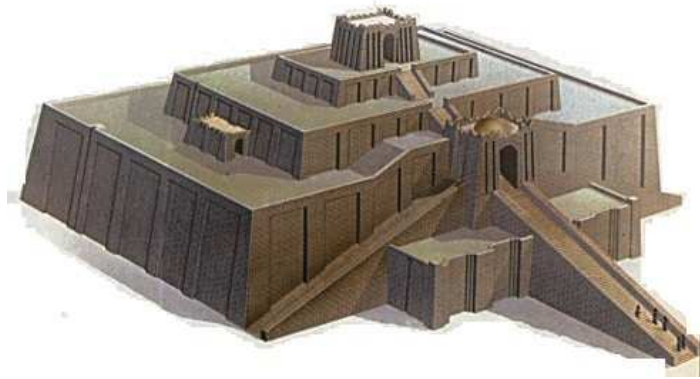
El aspecto exterior de estas construcciones, cuya finalidad no está siempre clara, parece guardar muchas semejanzas pese a sus distintos orígenes y diferentes ubicaciones geográficas. Como afirman los expertos, la explicación a estas enigmáticas coincidencias residiría en que las soluciones arquitectónicas a un mismo problema tienden a converger, aunque se alcancen siguiendo técnicas distintas y la estética final sea propia y característica de cada cultura.



Pirámide de Sakara, Egipto



Estructuras mayas en Tikal, Guatemala



Zigurat de Ur, Irak



Estructura en Banthan Preak, Camboya  
(Foto de Lucía Bartolomé)

Dejando a un lado la cuestión del material utilizado, resulta más fácil y práctico apilarlo configurando una pirámide que cualquier otra forma geométrica, ya que implica mayor solidez por disponer de una base con mayor amplitud que el corte transversal en cualquier punto superior (al contrario que en un cubo o en un paralelepípedo con la misma base), por lo que el resultado es bastante estable. Aunque se desgaste por los costados con el paso del tiempo, la base seguirá dando el mismo apoyo al grueso del edificio. Al fin y al cabo, con la pirámide se emula a la naturaleza, concretamente a las montañas, con propensión a la forma cónica debida a la orogénesis y la erosión.

### **Lectura de los nombres egipcios**

El autor ha intentado transcribir los nombres egipcios al español siguiendo las recomendaciones de los expertos, aunque es difícil acertar con un idioma cuya pronunciación se desconoce. Así, se acepta que nombres como Ptah y Jnum podrían leerse “Petá” y “Jonum”, concediendo un valor fonético importante a las consonantes iniciales. Sin embargo, hay casos donde se ha optado por tomar transcripciones más tradicionales, aunque no sean correctas.

El Dr. Josep Padró propuso una serie de normas para transcribir los nombres propios egipcios a la lengua española, basadas en las propuestas de A. Gardiner en *“Egyptian Grammar, being an introduction to the Study of Hieroglyphs”*, y teniendo en cuenta, la omisión de signos diacríticos tal y como sugiere F. Daumas en *“Les Dieux de l’Égypte”*. A grandes rasgos, se podría decir que, cuando existe una transcripción griega de un nombre propio egipcio, se sugiere transcribir el griego al español siguiendo las normas publicadas por F. Galiano en “La Transcripción Castellana de los Nombres Propios Griegos”. De no existir dicha transcripción griega, se sugiere transcribir los nombres propios egipcios siguiendo el sistema consonántico egipcio, adaptando si es necesario, dicha transcripción al sistema español. Padró publicó este artículo en 1987 (<http://www.egiptologia.com/sceae/transcripcion/transcripcion.htm>) en el número 5 de la revista *Aula Orientalis* y está realizando una actualización de dicha normativa.

Por su parte, el profesor Francisco Pérez Vázquez ofreció su propia propuesta desde AEDE con la idea de transcribir desde la visión que da nuestra lengua y romper con las ataduras de la colonización intelectual a la que está sometida la egiptología española (<http://www.egiptologia.com/escritura/transcripcion/transcripcion.htm>). Esta versión, posiblemente más próxima a la fonética original, es la que se ha elegido como base a la que acudir ante la duda.

## La navegación en Egipto

Gracias a las representaciones artísticas, algunos textos, maquetas e incluso el hallazgo de grandes naves funerarias en complejos piramidales, sabemos de la importancia que tuvo la navegación en el Antiguo Egipto y podemos hacernos una idea aproximada del tipo de bajeles que surcaron las aguas del Nilo o que alcanzaron las costas asiáticas y algunos puntos litorales del África oriental.

La situación geográfica del país, con el Nilo recorriendo de norte a sur la totalidad del territorio y la posesión de grandes franjas costeras en el mar Mediterráneo y en el mar Rojo, propició que ya en tiempos primitivos los egipcios destacaran en la construcción de barcos que les permitieran una comunicación más rápida dentro de sus propias fronteras mediante el río y un acceso a ricas zonas comerciales a través del mar. A finales del cuarto milenio a. C. hubo enfrentamientos sobre las aguas tal como queda reflejado en las pinturas de la tumba 100 de Hierakonpolis, donde se observan naves blancas con quilla curvada enfrentándose a una negra con proa vertical.

El rey Jasejemui es el primero que está documentado en Biblos, ciudad cananea que mantuvo excelentes relaciones comerciales con Egipto durante siglos. Aunque estos datos no tienen una relación concreta con la guerra, demuestran que ya en tiempos de este monarca estaba perfectamente establecida una estructura naval que incluía largos viajes de cabotaje por el mar Mediterráneo para importar cedros, cipreses y coníferas del Líbano.

Tal como se explica en el primer capítulo del libro, la navegación más allá de la costa africana, aunque ciertamente arriesgada, era factible, por lo que los egipcios habrían podido mantener relaciones comerciales con territorios situados en el inmenso océano viajando en sus primitivas naves. La primera mención escrita a una flota que parte de un puerto fenicio rumbo a Egipto data de 3.000 a.C. Con la expedición “Ra I” de 1969, que zarpó de Marruecos, el explorador y arqueólogo Thor Heyerdahl probó que las embarcaciones de papiro de los antiguos egipcios habrían podido cruzar el Atlántico. Un año después, con la expedición “Ra II”, llegó a Barbados después de un viaje de dos meses y tras recorrer 6.100 kilómetros. Heyerdahl quería demostrar que los egipcios tenían capacidad para llegar a América y podrían haber fundado las civilizaciones azteca e inca (<http://blogia.com/terraeantiquae/index.php>).

Eran muchos los productos con que se comerciaba en el puerto de Thool, pues a Egipto llegaba marfil del interior de África, incienso y mirra de Arabia, perlas y conchas del Golfo Pérsico, cornalinas y turquesas del valle del Indo y lapislázuli de las remotas minas afganas del Badajshan.

El valor de algunos de estos materiales se veía reforzado entre la gente de Kemet por las características místicas que se les otorgaban. Así, el oro se asociaba con la carne de los dioses por su incorruptibilidad, la resplandeciente plata con la osamenta divina, el lapislázuli, del color azul del cielo, con el cabello divino, y la cornalina con la roja sangre, la energía vital.

### ***Producción y comercio en Aztlan***

Thool-obe-Gara era un importante centro metalúrgico. Una de las actividades más importantes que se desarrollaban en la “Ciudad entre Aguas” era el trabajo de los metales. Los fuelles que utilizaban los artesanos como Zapotec tenían unas válvulas de alimentación para regular el flujo de aire en los crisoles y aumentar la temperatura del metal candente. Se forjaba utilizando una técnica similar a los procedimientos elaborados en el siglo XIX.

Algunos maestros de taller conocían incluso el hierro, empleado en las planchas que constituían el cuerpo acorazado de los autómatas que la Casta Azul guardaba tan secretamente en sus almacenes. Añadían grandes cantidades de calcio, procedente de los caparazones de los moluscos machacados con trituradores de basalto, para incrementar la resistencia mecánica del metal.

Por otra parte, quizás llamen la atención los controles comerciales que se realizaban en Aztlan. Se trata de medidas que los musulmanes pusieron en práctica durante su dominio de la península Ibérica. La vigilancia del mercado en las medinas musulmanas, como la de Córdoba, estaba a cargo del juez del mercado, llamado zabazoque en romance (de Sabih al-suq, “señor del mercado”). Se trataba de una figura original de las sociedades islámicas, que revela la importancia que las transacciones comerciales tenían en la economía urbana y da cuenta del intervencionismo económico que caracterizaba al Estado musulmán. El zabazoque se encargaba del control de pesos, medidas y precios, así como de evitar los fraudes y de velar por el mantenimiento del orden.



### ***El cultivo de la persea en Aztlan***

Las glaciaciones del cuaternario provocaron el retroceso de la laurisilva que se extendía por amplias zonas de la cuenca mediterránea, quedando confinada a la Macaronesia, la región que comprende las islas Azores, Madeira, Cabo Verde y Canarias. Este bosque subtropical formado por diversas especies de hoja perenne era el que principalmente crecía en el archipiélago atlante. Se conservaba gracias a la escasa actividad volcánica, a las temperaturas suaves y a la intensa humedad. Los vientos alisios favorecían la formación de nubes cuyo vapor de agua se condensaba sobre la vegetación.

Entre la flora de Aztlan, la planta más valiosa era la *persea*, cuyas semillas se utilizaban como moneda de cambio, pues múltiples eran sus usos, además de contar con fines curativos. Teniendo esto en cuenta, sólo un caprichoso acaudalado podía permitirse tomar una infusión de *persea*. No sólo podían masticarse sus hojas para tratar la mordedura de serpiente, sino que la raíz actuaba como excelente cepillo de dientes, la gomosa médula como nutritiva golosina para engañar el hambre y la corteza del tallo se molía para, echada en el agua dulce de los ríos, paralizar a los peces y facilitar su captura. Cuando transcurría el tiempo, esta planta crecía convirtiéndose en un alto árbol.



El gato de Heliópolis, que está vinculado al dios Sol Ra, da muerte a la malvada serpiente Apep ante un árbol de persea.  
Tumba de Inherkau (TT359), Deir el-Medina, XX dinastía.

Plantas como la *persea* y el *pezcle* son fruto de la invención que reúnen propiedades de distintos vegetales que sí existen en la realidad. Con ello se pretende dotar a Aztlan de especies autóctonas, algunas de tanto valor como la sal, el cacao o el agua en otras culturas y civilizaciones. Sin embargo, el Árbol de la Persea

(*Mimusops laurifolia*, *Mimusops Schimperii*) es real. Se trata de un árbol perennifolio que requiere clima templado con exposición soleada o poco sombreada, alto, de hojas ovales, que se reproduce por semillas y que produce un pequeño fruto comestible amarillo o verde.

Mientras Persea es su nombre griego, entre los antiguos egipcios, se le conocía con el nombre de *ished*. Es frecuente encontrar su fruto formando parte del alimento que se utilizaba como ofrenda en las tumbas o citados en los textos funerarios (“[...] yo soy el gato cerca del cual se abrió el árbol *ished* en Heliópolis la noche en que fueron destrozados los enemigos del Señor del Universo [...]”, dice el capítulo 17 del llamado Libro de los Muertos), asimilando su forma y color al Sol. Se le relacionaba con el renacimiento del astro rey y del difunto. Precisamente, su presencia se hace evidente desde la III dinastía.

Una vez leída la novela, no parece casualidad que la persea (*ished*) también fuera considerada origen de la vida y árbol sagrado de On (Heliópolis), plantado en el recinto del templo del dios del Sol. Numerosas representaciones en los templos documentan desde la XVIII dinastía una ceremonia durante la cual se inscribía el nombre del Rey. Se creía que la diosa Seshat, el dios Thot y el dios Atum inscribían en sus hojas (o frutos) los anales reales y los años de reinado de los monarcas, y que Ra fue el primero en inscribir su nombre en las hojas o frutos de la Persea, guardando así una relación directa con el destino. Crecía en el mundo donde vivían los dioses y estaba guardada por el “Gran Gato” de On, que lo defendía de los ataques de la serpiente Apep (Apofis). Esta relación se recoge en los Textos de los Sarcófagos y el Libro de los Muertos del Imperio Medio (<http://www.egiptologia.com>).

El nombre de los *shuabtis*, esas figuras que aparecen en los ajuares funerarios a partir del Imperio Medio y que a partir de la Baja Época se llamarían *ushebtis*, deriva de la palabra *ished* (*shuab*) porque probablemente se hacían con la madera del Árbol de la Persea.

En una de las concepciones del cielo, los antiguos egipcios lo describían como un enorme árbol de Persea, en el que las estrellas no serían más que sus hojas o frutos. El Sol salía de entre sus hojas cada mañana y por la tarde volvía a ocultarse entre el follaje.

Actualmente, hay una especie endémica de Madeira, Azores y Canarias llamada Persea Índica. Otro árbol de la misma familia de las Lauráceas es la Persea Americana, vulgarmente conocido como aguacate.

### ***El maestro Anaan***

Tras su primer encuentro con Anaan, el joven Kadham nunca llegó a confirmar si el anciano poseía realmente el don de la ubicuidad, pero siempre sospechó que era una de sus facultades como *Tlepoc*. El día que lo conoció, Kadham percibió que algo anormal había pasado, ya que el sujeto que le había recibido en la puerta no parecía manifestar el mismo estado de ánimo que el individuo que levitaba dentro, sumido en trance. Tal vez Anaan le había hecho ver una especie de reflejo astral de sí mismo.

Sorprende quizás que Anaan no se convierta finalmente en el esperado maestro de Kadham, después de la intensa búsqueda que éste emprende por recomendación de su tutor en la Academia. Pero se evita deliberadamente así la imitación de otras obras en las que la base de la historia tiene a un mentor y su discípulo como protagonistas, al tiempo que se elogia el aprendizaje del autodidacta.

### ***Tras los pasos de Imhotep***

A finales del siglo XIX se determinó que el arquitecto Imhotep (Imuthes) fue uno de los grandes pensadores del antiguo Egipto y quien inició la construcción de las pirámides. De origen bastante oscuro, ciertos autores lo vinculan a la alta aristocracia de la época, afirmando que era hijo de otro arquitecto que llevaba el nombre de Kanefer. En cambio, otros investigadores defienden la posibilidad de que se tratara de un personaje ascendido de la clase más humilde, donde destacaba por sus extraordinarias dotes.

Durante la excavación del complejo funerario de Djoser en Sakara, en la campaña de 1.924 a 1.925, apareció una estatua en caliza del faraón con el nombre de Imhotep inscrito en su pedestal. Éste y otros descubrimientos arqueológicos posteriores confirmaron que el arquitecto realmente había construido el recinto funerario de dicho faraón en Sakara, tal y como había dejado entrever el sacerdote Manetón en la historia escrita para el rey Ptolomeo II. Djoser fue el primer faraón del que se tiene constancia que usara el tocado de tela a rayas (se menciona en la novela que Seth Anu lo porta) y la barba postiza como símbolos de la dignidad real.

Imhotep, que vivió aproximadamente entre el 2.690 y el 2.640 a.C., fue visir del faraón Djoser, príncipe heredero inspector de todo lo que el cielo trae, gran sacerdote de Heliópolis, maestro de obras, maestro escultor, patrón de los escribas, astrónomo y médico, entre otros muchos cargos y títulos. Siglos después, durante el Imperio Nuevo, fue elevado al rango de deidad transformándose en dios del Conocimiento y la Medicina, por lo que llegó a conocerse como “Hijo de Ptah”. En tiempos de la Dinastía XXVI se confeccionaron estatuillas de bronce con su figura, sentado, con un rollo de papiro sobre las rodillas, la cabeza rapada y vestido con traje largo. Los faraones instauraron un cuerpo especial de sacerdotes y llegó a tener la más alta consideración, la concedida a un verdadero hijo de dios, fue venerado hasta el final de la cultura faraónica.

Son numerosos los templos y santuarios en su honor. Destacan los de Karnak, Deir-el-Bahari, Deir-el-Medinah y Filae. Durante las últimas dinastías egipcias, bajo la influencia helénica, los griegos identificaron a Imhotep con su propio dios de la medicina (Asclepios, conocido también con el nombre romano de Esculapio). Los santuarios de Imhotep fueron considerados como un *Asclepeion*, un sanatorio. La gloria de Imhotep no acabó con el fin de la cultura faraónica, pues su nombre puede leerse en muchos escritos herméticos y en los tratados de las llamadas ciencias ocultas. Él, el gran mago, fue el precursor de los alquimistas. Zósimo de Panópolis, el

primer alquimista egipcio reconocido documentalmente, redactó un libro dedicado a Imhotep.

A Imhotep se le atribuyen incluso el origen de la cultura egipcia y todos los inventos de renombre de esta civilización, como las pirámides o el calendario de trescientos sesenta y cinco días que todavía utilizamos hoy. Llevó a cabo una de las mayores innovaciones arquitectónicas de la historia: la pirámide escalonada de Saqqara. Hasta entonces las sepulturas egipcias se construían con ladrillo crudo y tenían la forma de un pequeño edificio de techo plano. Pero Imhotep reemplazó este material perecedero por bloques de piedra y, para darle una mayor visibilidad al monumento, comenzó a superponer mastabas hasta alcanzar los treinta metros de altura y darle su actual aspecto de "pirámide escalonada", modelo que sería imitado y perfeccionado por sucesivas dinastías de faraones. También inventó la columna de piedra, aunque adosada a un muro, pero el hecho más sobresaliente es el nacimiento de la forma arquitectónica piramidal, que vence la prueba del tiempo y saca a Egipto del estrecho marco de una civilización primitiva para entrar en la historia.

Lamentablemente, no se ha hallado aún el sepulcro del sabio Imhotep, a pesar de que se sospecha de que tuvo su ubicación en algún punto de Sakara. El eminente profesor egipcio Zakaria Ghoneim inició a mediados del siglo XX la exploración de una pirámide cercana a la de Djoser, que no había terminado de construirse por causas que se ignoraban. Ghoneim dio con la entrada a esta pirámide gracias a los cálculos que realizó en función de la estructura de la pirámide principal. Tras arduos esfuerzos, el arqueólogo y sus colaboradores llegaron a una cámara funeraria situada a unos cuarenta metros bajo el nivel del suelo. En el centro de la cámara encontraron un sarcófago de mármol cerrado herméticamente. Estaba intacto, pero, al levantar la tapa, no apareció dentro ninguna momia. Sin embargo, la presencia de las joyas, además de que los sellos no habían sido violados, descartaban la posibilidad de cualquier robo. El profesor Ghoneim supuso entonces que existía otra cámara sepulcral y, finalmente, descubrió otra entrada. Pero jamás pudo completar su sueño y penetrar por ella, dispuesto a dar con la cámara secreta. La crisis del Canal de Suez obligó a que se suspendieran los trabajos. Zakaria Ghoneim comenzó a sufrir pesadillas y fuertes ataques de nervios y terminó quitándose la vida en 1959.

Por su parte, Walter Bryon Emery estaba convencido de que Imhotep construyó su propio mausoleo y suponía que tenía que ser diferente de la enorme pirámide construida para el faraón. Tenía la esperanza de que aquel genial personaje hubiera tomado precauciones antes de su muerte y su tumba jamás hubiera sido saqueada por los ladrones. Inició la búsqueda en 1964, pero no tuvo éxito. En 1971, derrotado ante

tantos fracasos y muy desalentado, murió en el hospital británico de El Cairo. Algunos colegas relacionaron su muerte con la de Ghoneim, como víctimas de una misma maldición.

La arqueóloga polaca Farol Mysliwiec busca la tumba en la actualidad. Durante las excavaciones llevadas a cabo en 1996, se descubrieron los indicios de la tumba de un alto dignatario en el lado oeste de la pirámide de Djoser y, en principio, por su proximidad a la pirámide escalonada y el hallazgo en su interior de restos de baldosas azules, similares a las que cubrían parte de las paredes interiores de la pirámide, se pensó que pertenecía a Imhotep, pero más tarde se confirmó que su propietario era un visir de la dinastía VI de nombre Meref-Nebef.

En cambio, en mayo de 2005 se produjo un importante hallazgo cerca de Abydos, relacionado con los vestigios de un templo y tres tumbas de las dinastías I y II que gobernaron Kemet entre los años 3000 y 2654 a.C. Según Zahi Hawas, arqueólogo y secretario general del Consejo Supremo de Antigüedades de Egipto, “en el acceso oeste del lugar se descubrieron las ruinas del templo funerario del rey Jasejemui, último soberano de la II Dinastía y supuesto padre de Djoser”.

Se desconocen la causa y las circunstancias del fallecimiento de Imhotep, pero sería muy importante encontrar su tumba, que pudo haber contenido grandes tesoros debido al rango que alcanzó el sabio en la corte y que probablemente fuera saqueada en la antigüedad. El carácter mítico de Imhotep hace imaginar a algunos científicos que su tumba pudiera aportar todo tipo de claves y referencias para resolver algunos de los enigmas que plantea la civilización egipcia, como el trabajo de piedras tan duras como la diorita y el granito o la propia construcción de las pirámides. El hallazgo de su sepulcro arrojaría luz sobre un período histórico poco conocido y, puestos a imaginar, podría deparar algún espléndido testimonio de su formación como escriba, por ejemplo, rasgos de su escritura en cursiva elaborada con pincel y tinta negra o grabados con punzón. También los arqueólogos pueden soñar y, a veces, sueños que parecen imposibles llegan a cumplirse, pues en tumbas de otros escribas se han recopilado restos de significativas tablillas que aportan nuevos datos.

Las tablillas que utilizaba Imhotep eran de madera de palma, muy fibrosa. La superficie de ambos lados se recubría con tela de lino sobre la que se aplicaba una fina capa de estuco blanquecino, barnizada luego con cera. La superficie lisa y homogénea era idónea para la práctica del dibujo y la escritura con pincel y permitía borrar y reescribir sucesivas veces tras lavarla.

En 1862, un papiro robado de una tumba fue vendido a un egiptólogo americano llamado Edwin Smith. El autor del documento es desconocido, pero

algunos creen que pudo ser Imhotep. En el papiro, que quizás constituya la principal fuente de nuestro conocimiento sobre las prácticas sanadoras de los antiguos egipcios, se explicaba que el pulso refleja la acción del corazón, desde el que los vasos se dirigían a los miembros, y se clasificaban las lesiones de acuerdo a su pronóstico en tres categorías: una afección que se podía tratar, una afección que se podía combatir y una afección intratable. El papiro también describía muchos casos y el tratamiento aplicado, entre los que se encontraban la reducción de una mandíbula con luxación, los signos de las lesiones espinales, el tratamiento de una clavícula fracturada así como los síntomas y el tratamiento de otras fracturas.

Por otra parte, tal como se ha desprendido de algunos estudios, es posible que Imhotep permaneciera de viaje, fuera de su tierra natal, durante un período de varios años. Su destino en este viaje, se desconoce.

## La alquimia mineral

La teoría acerca de la utilización de técnicas que reblandecieran la piedra para facilitar la construcción con grandes bloques de granito no es una invención del autor. En 1988, el doctor Joseph Davidovits, profesor en la Universidad de Toronto y director del Instituto para la Aplicación de las Ciencias Arqueológicas de Barri, en Florida, publicaba, junto con Marguie Morris, el libro "*The Pyramids: An Enigma Solved*" (Dorset Press, Nueva York, 1988), obra fundamental para comprender la técnica del reblandecimiento pétreo en el antiguo Egipto. En ella, se exponen numerosos ejemplos de construcciones de los faraones egipcios realizadas reblandeciendo la piedra, modelándola y posteriormente volviéndola a endurecer una vez era colocada en su emplazamiento definitivo. El investigador Manuel Delgado afirma que los antiguos egipcios sabían cómo convertir la roca más dura en una pastosa masa que, durante su manipulación, podría recoger restos de otros materiales o formar grumos mientras era manipulada, y cree haber encontrado evidencias de esta avanzada técnica en México, Perú y otros países. Según Delgado, atribuir esa tecnología a una civilización anterior, como la Atlántida, es una cuestión de opiniones.

Davidovits y Morris publicaron una traducción de la Estela de Famine, descubierta en 1889 por Charles Wilbour en la isla de Sehel, a tres kilómetros de Asuán, y formada por más de dos mil seiscientos jeroglíficos dispuestos en treinta y dos columnas, donde se describen, entre otras cosas, las fórmulas dictadas por el dios Jnum al faraón Djoser. Se le conoce también como la *Estela Química de Jnum* porque en ella, según Davidovits, se encuentra el recetario químico para la construcción de una especie de "piedra filosofal" capaz de ablandar la roca para luego devolverle su estado sólido de forma homogénea.



### ***Dragones en la historia***

Las mismas bestias que los caballeros de la Edad Media extinguieron tras darles caza incesante y que sólo los libros tildados de fantásticos osaban describir tuvieron su origen en los pocos pterosaurios que consiguieron escapar de Lea Aztli cuando fue arrasada por el cataclismo.

Durante la incursión en Lea Aztli, la expedición emprendida para capturar a dos torosaurios se encuentra con diferentes tipos de monstruos. Uno de ellos era una invención del autor hasta que se publicaron los estudios del paleontólogo David Varricchio, de la Universidad del Estado de Montana. Se trata de la bestia que vive bajo el suelo, en una cueva excavada en la tierra desde la que acecha a sus víctimas. Según la revista Nacional Geographic (junio de 2008), Varricchio descubrió en la formación Blackleaf, en Montana, fósiles de un dinosaurio adulto y dos crías en una cámara del tamaño de una bañera. La madriguera se inundó hace unos 95 millones de años, probablemente después de que los animales hubieran muerto, y se llenó de arena que posteriormente se endureció, enterrando así la estructura y preservando los fósiles, pertenecientes a una nueva especie emparentada lejanamente con los hadrosaurios. Se trata de herbívoros de pequeño tamaño que combinaban rasgos apropiados para excavar, con hombros y miembros anteriores robustos, con patas traseras adaptadas para la marcha bípeda. De ahí su nombre: *Oryctodromeus* o excavador corredor. La estrecha entrada a la guarida, sepultada bajo tres capas de sedimentos, mantenía alejados a los depredadores.

### ***La mitología de Aztlan y su legado***

Finalmente, queda claro que los *Kuh-Chooh* pertenecían a una raza alienígena procedente del sistema estelar triple de Sirio (los investigadores franceses D. Benest y J. L. Duvent confirmaron en 1995 que la estrella más brillante del firmamento, localizada a unos 8,7 años luz de la Tierra, es, en verdad, un sistema formado por tres estrellas, donde Sirio C es una enana roja) que dominaba una tecnología superior, aplicable independientemente de los recursos del entorno, y poseían dotes paranormales que transmitían genéticamente a su progenie en menor o mayor grado. La novela envuelve a la Casta Azul de un halo eterno e inmortal, aunque en verdad no lo fueran.

Por otra parte, la peculiar pigmentación de su piel y de su sangre (el *chalchíhuatl* o “agua preciosa” de los aztecas) tendría que basarse en un metabolismo y en una organización interna muy diferentes de los que posee un ser humano. Por ejemplo, al igual que una abundancia de magnesio ocasionaría una coloración verde, la pigmentación azul podría deberse a una determinada concentración en su organismo de vitamina B12 (conocida también como cianocobalamina), el único compuesto hallado en un tejido vivo que contiene cobalto. O, tal vez, de cianobilina (puede encontrarse en algas y en algunos invertebrados), que contiene cobre y fija la radiación solar con mucha más intensidad que la hemoglobina, lo que explicaría las palabras que Kadham dirige a Imhotep: *“Su raza desarrolló una piel áspera, especialmente sensible a la radiación solar. También su sangre es diferente a la nuestra. Y, según parece, sus pulmones respiran el aire que nosotros expulsamos.”*

De hecho, la última afirmación que hace Kadham en dicha cita, acerca de la respiración de los *Kuh-Chooh*, pone de manifiesto que su organismo responde a un funcionamiento muy distinto. De intervenir un compuesto como el ácido cianhídrico o cianuro de hidrógeno (utilizado en diferentes ramas industriales como la manufactura de plásticos, la galvanoplastia o la extracción de metales preciosos), altamente tóxico e incluso letal para nosotros, los *Kuh-Chooh* podrían absorber dióxido de carbono y generar oxígeno, tal como hacen las plantas en el proceso de fotosíntesis. Por este motivo, el ambiente dentro de los edificios que habitan, provocado para su propia confortabilidad, resulta tan asfixiante para Weni Imhotep. El verdadero misterio radica en la manipulación biológica y genética que ponen en práctica los miembros de la Casta Azul para engendrar híbridos, los *Tlepoc*, a partir de dos organismos tan dispares y aparentemente incompatibles como los *Kuh-Chooh* y los *Maasi*.

En los fragmentos del papiro conocido como “Canon de Turín”, hallado en 1822 por el viajero italiano Bernardino Drovetti en la antigua Tebas, se recoge una relación

de gobernantes de Egipto desde tiempos anteriores a Menes, el primer rey de la primera dinastía, hasta la XVII Dinastía. También se menciona que en el principio de los tiempos reinaron durante once mil años un grupo de seres semidivinos llamados *Shemsu Hor* (se traduce como “resplandecientes compañeros de Horus”). Ésta es la historia que Kadham resumió a Weni.

Otro aspecto al que los antiguos egipcios daban mucha importancia, como ha quedado demostrado en sus obras arquitectónicas, es el conjunto de los puntos cardinales. El maestro Ledhan desarrolla una especie de danza mientras alecciona a sus alumnos de la Academia acerca del significado de las Cuatro Formas, asociadas a los cuatro puntos cardinales. Los egipcios los identificaban con los vasos cánopos utilizados para contener las vísceras durante el proceso de momificación, que a su vez representaban a los cuatro hijos de Horus: Amset, Hapy, Duarmutef y Quebehsenuf y se relacionaban con una divinidad protectora.

- Sur: Vaso cánopo de Amset, con forma de hombre, relacionado con Isis. Contenía el hígado.
- Norte: Vaso cánopo de Hapy, con forma de babuino, relacionado con Neftis. Contenía los pulmones.
- Este: Vaso cánopo de Duarmutef, con forma de chacal, relacionado con NET. Contenía el estómago.
- Oeste: Vaso cánopo de Quebehsenuf, con forma de halcón, relacionado con Selquis. Contenía los intestinos.

Tras el cataclismo, los atlantes se dispersaron y se asentaron por todo el mundo, difundiendo los nombres de sus gobernantes y también de los jueces ejecutores proclamados en los edictos de evacuación. Así trascendieron en diferentes creencias y mitologías, llegando a nuestros días como la alegoría de unos dioses paganos con entidad propia. Los nombres utilizados en la narración son, naturalmente, simbólicos y se ha procurado aproximar su pronunciación a la de los nombres de divinidades mitológicas. Expliquemos algunos:

- **Seth Anu:** Es la unión de los nombres de Seth, némesis del buen Osiris en la mitología egipcia, y Anu, una de las cuatro divinidades creadoras en la mitología sumeria, que ejerce su potestad sobre el cielo. Si se lee de forma seguida, “Setanu”, se revela la semejanza con Satán o Satanás.

- **Wothan Theus:** Es la unión de los nombres de Odín el Furioso y Zeus, dioses principales en las mitologías germánica y griega, o Malak Taus, el más importante de los siete ángeles divinos que conservan el mundo creado por Dios en las creencias yazidíes. De este modo, el juez ejecutor quedaría en la memoria de la humanidad como el dios principal, hacedor y dador de vida.
- **Thonar Arindra:** Es la unión de los nombres de Donan o Thor, dios germánico del trueno e hijo de Wothan u Odín y defensor de los dioses, Ares, dios griego de la guerra e hijo de Zeus, e Indra, la divinidad equivalente a Thor en las creencias védicas. Esto hace considerar que la historia transformó al secretario del juez Wothan Theus en su primogénito divino.
- **Kron-Re:** Es la unión de los nombres de Cronos, uno de los doce titanes, gobernador del universo y padre de Zeus en la mitología griega, y Ra, dios Sol, creador y regidor del universo, en la mitología egipcia.

Por su parte, el viejo Anaan, debido a su aspecto, también pasaría a formar parte de la leyenda como la “serpiente emplumada”, esa deidad de origen olmeca llamada Quetzalcóatl y heredada por los aztecas.

Para concluir, la partícula *Ized*, usado entre los atlantes como fórmula de tratamiento reverente, pasaría al vocabulario de los persas, para los que significaba “deidad” o “ángel”.

La Academia, esa institución que forma a los *Tlepoc* para hacerles capaces de asumir los cargos que luego se les asignarán, habría tenido su continuación de manera natural entre las culturas mesoamericanas. Los mexicas constituían un pueblo de guerreros y para ellos la guerra era un valor fundamental. La mayor parte de la educación de los jóvenes se llevaba a cabo en escuelas tuteladas por el Estado; ingresaban a los quince años en el *telpochcalli*, una especie de academia militar donde permanecían de cinco a siete años, instruidos por el *telpochtlato* en los principios mexicas y por el *tiachcauh* en el arte de la guerra.

### **Los calendarios**

El uso de dos calendarios distintos no es un mero capricho del autor, aunque en parte no representa más que un accesorio de la historia. Su cometido es transmitir claramente al lector la sensación del paso del tiempo, para que sea consciente de que unas veces sólo transcurren días y, en cambio, otras veces años.

A pesar del sumo cuidado que se ha puesto en el diseño de estos calendarios, basados total o parcialmente en los calendarios egipcio y maya, y en las coincidencias entre ellos, sería posible detectar algún defecto en la sincronía que se persigue. Sugiero que el lector tome las fechas únicamente como referencias temporales en los acontecimientos que se narran, puesto que también la astronomía interviene en todo esto, debido a la precesión del eje terrestre -o precesión de los equinoccios-, que abarca un ciclo de 26.000 años y cuyos efectos son perceptibles en lapsos de mucho tiempo. Aunque no es mi intención excusarme de posibles deslices cometidos, aspectos como éstos hacen que, sin un estudio verdaderamente profundo que no me sentía capaz de acometer, la ubicación de los eventos sólo pueda ser aproximada y la comparación con nuestro calendario actual pueda producir desaciertos.

Lo realmente importante es saber que la historia se desarrolla hace unos cinco mil años, hacia el 2.700 a.C. aproximadamente, y que la aventura de Weni en Aztlan dura unos tres años. De los propios calendarios me limitaría a destacar su composición conceptual, uno formado por 18 meses de veinte días –más el período de cinco días denominado por los aztecas *nemontemi* o “días nefastos”-, y otro por 12 meses de treinta días –más los cinco días complementarios denominados *epagómenos*, en los que la diosa Nut dio a luz a sus hijos Osiris, Horus, Seth, Isis y Neftis-. Resaltaría también el hecho de que uno comience en el solsticio de invierno –al igual que ocurría con el calendario maya- y otro en el de verano, por la trascendencia que esto tiene sobre los personajes y el entorno que les rodea.

## **Modificaciones del autor sobre el texto original (edición de Nuevos Autores)**

En la página 188 se dice “*poder albergarse de la eminente inundación*”, y realmente debería decir “*poder albergarse de la inminente inundación*”.

Por otra parte, el juego con los distintos calendarios que se realiza en la novela ha propiciado que algunos detalles queden imprecisos y se aparezcan como errores de concepto. Esto se debe a que, a pesar de todo, no se han dado las explicaciones adecuadas en las notas aclaratorias.

Se afirma en la página 24 del libro:

*“Por otra parte, Weni parecía marcado por los designios divinos. Había nacido el primer día de Thot, cuando empezaba el primer año del ciclo de Ra instaurado por Sanajt al subir al trono, en el momento de la crecida del río y con la reaparición de la estrella Sopdet que anunciaba el solsticio de verano.”*

Empezaré recordando que Sopdet (Sotis) es el nombre egipcio para la estrella Sirio, en la constelación del Can Mayor (*Canis Maior*), tal como se describe en la nota con el número 8. Aunque en la actualidad su reaparición como estrella visible en el cielo de la mañana después de su período de invisibilidad se produce a finales de agosto o principios de septiembre debido a la precesión del eje terrestre, en la época del Antiguo Egipto coincidía, en efecto, con el solsticio de verano y con el inicio de los días más calurosos.

Lo que no es totalmente cierto es que ese momento se correspondería con el 19 de julio en nuestro calendario actual, conocido como Gregoriano. En realidad, “*el año empezaba cuando Sirio aparecía por el horizonte en el momento de la salida del sol. Este fenómeno, conocido como salida helíaca de Sotis, se producía en torno al inicio de la inundación anual, y equivaldría aproximadamente, en la latitud de Menfis, al 19 de julio del año juliano o en torno al 20 de junio de nuestro calendario*”, lo que se ha extraído de [http://www.egiptologia.org/ciencia/calendario/calendario\\_civil.htm](http://www.egiptologia.org/ciencia/calendario/calendario_civil.htm).

Así, los antiguos egipcios notaron que, al alba del 19 de Julio (en el año juliano) en la latitud de Menfis y en el cielo oriental, la estrella Sopdet, después de un período de setenta días de invisibilidad debido a la conjunción con el Sol, volvía a ser visible un poco antes de la puesta del sol. Esta circunstancia, que marcaba el principio del año, ha resultado crucial posteriormente para determinar parte de las dataciones históricas del Antiguo Egipto.

Por tanto, habría que modificar la nota con el número 7 y citar en su lugar:

*“Hacia el 19 de Julio del año juliano, es decir, en torno al 20 de junio de nuestro calendario. El nacimiento de Imhotep podría datarse en el año 2.686 a.C.”*

Análogamente, sería necesario rectificar la nota con el número 1:

*“El año egipcio comienza el 1 de Thot (aproximadamente, el 20 de junio), con el solsticio de verano, y el año atlante el 1 de Tatl (22 de diciembre), con el solsticio de invierno. El comienzo de la historia se plantea hacia el año 2.668 a.C.”*

## Apéndice I: Fuentes documentales de Platón

### Fragmento del Diálogo *Timeo* de Platón referido a la Atlántida

En este Diálogo se describe la localización geográfica de Atlántida y se comenta su desaparición.

Al comienzo del texto, Sócrates menciona la discusión mantenida el día anterior sobre la sociedad "perfecta" (se trata de una referencia a "La República", escrita por Platón unos años antes). Ante las diferencias de sus estudiantes Timeo y Critias, les propone una tarea: buscar el paradigma de la perfección de una sociedad que viva de acuerdo con los preceptos expuestos en "La República" y que entable una guerra justa. Critias responde diligentemente a la sugerencia del maestro e inicia su explicación:

**CRITIAS:** Escucha, entonces, Sócrates, un relato muy extraño, pero absolutamente verdadero, tal como en una ocasión lo relataba Solón, el más sabio de los siete, que era pariente y muy amigo de mi bisabuelo Drópida, como él mismo afirma en muchos pasajes de su obra poética. Le contó a Critias, nuestro abuelo, que de viejo nos lo relataba a nosotros, que grandes y admirables hazañas antiguas de esta ciudad habían desaparecido a causa del tiempo transcurrido y la destrucción de sus habitantes, y, de todas, una, la más extraordinaria, convendría que ahora a través del recuerdo te la ofreciéramos como presente, para elevar al mismo tiempo loas a la diosa con justicia y verdad en el día de su fiesta nacional, como si le cantáramos un himno.

**SÓCRATES:** Bien dices. Pero, por cierto, ¿no explicaba Critias cuál era esta hazaña que, según la historia de Solón, no era una mera fábula, sino que esta ciudad la realizó efectivamente en tiempos remotos?



**CRITIAS:** Te la diré, aunque escuchada como un relato antiguo de un hombre no precisamente joven. Pues entonces Critias, así decía, tenía ya casi noventa años y yo, a lo sumo diez. Era, casualmente, la Kureotis, el tercer día de los Apaturia. A los muchachos les sucedió lo que es siempre habitual en esa fiesta y lo era también entonces. Nuestros padres hicieron certámenes de recitación. Se declamaron poemas de muchos poetas y, como en aquella época los de Solón eran recientes, muchos niños los cantamos. Uno de los miembros de la fraternidad, sea que lo creía realmente o por hacerle un cumplido a Critias, dijo que si bien Solón le parecía muy sabio en todos los otros campos, en la poesía lo tenía por el más libre de todos los poetas. El anciano, entonces -me acuerdo con gran claridad- se puso muy contento y sonriendo dijo: "¡Ay, Aminandro! ¡Ojalá la poesía no hubiera sido para él una actividad secundaria! Si se hubiera esforzado como los otros y hubiera terminado el argumento que trajo de Egipto y, si, al llegar aquí, las contiendas civiles y otros males no lo hubieran obligado a descuidar todo lo que descubrió allí, ni Hesíodo ni Homero, en mi opinión, ni ningún otro poeta jamás habría llegado a tener una fama mayor que la suya". "¿Qué historia era, Critias?", preguntó el otro. "La historia de la hazaña más importante y, con justicia, la más renombrada de todas las realizadas por nuestra ciudad, pero que no llegó hasta nosotros por el tiempo transcurrido y por la desaparición de los que la llevaron a cabo", dijo el anciano. "Cuenta desde el comienzo", exclamó el otro, "qué decía Solón, y cómo y de quiénes la había escuchado como algo verdadero".

"En Egipto", comenzó Critias, "donde la corriente del Nilo se divide en dos en el extremo inferior del Delta, hay una región llamada Saítica, cuya ciudad más importante, Sais -de donde, por cierto, también era el rey Amasis-, tiene por patrona una diosa cuyo nombre en egipcio es Neith y en griego, según la versión de aquellos, Atenea. Afirman que aprecian mucho a Atenas y sostienen que en cierta forma están emparentados con los de esta ciudad. Solón contaba que cuando llegó allí recibió de ellos muchos honores y que, al consultar sobre las antigüedades a los sacerdotes que más conocían el tema, descubrió que ni él mismo ni ningún otro griego sabía, por decir

así, prácticamente nada acerca de esos asuntos. En una ocasión, para entablar conversación con ellos sobre esto, se puso a contar los hechos más antiguos de esta ciudad, la historia de Foroneo, del que se dice que es el primer hombre, y de Níobe y narró cómo Deucalión y Pirras sobrevivieron después del diluvio e hizo la genealogía de sus descendientes y quiso calcular el tiempo transcurrido desde entonces recordando cuántos años había vivido cada uno.

En ese instante, un sacerdote muy anciano exclamó: '¡Ay!, Solón, Solón, ¡los griegos seréis siempre niños! ¡No existe el griego viejo!' Al escuchar esto, Solón le preguntó: '¿Por qué lo dices?' 'Todos', replicó aquél, 'tenéis almas de jóvenes, sin creencias antiguas transmitidas por una larga tradición y carecéis de conocimientos encanecidos por el tiempo. Esto se debe a que tuvieron y tendrán lugar muchas destrucciones de hombres, las más grandes por fuego y agua, pero también otras menores provocadas por otras innumerables causas. Tomemos un ejemplo, lo que se cuenta entre vosotros de que una vez Faetón, el hijo del Sol montó en el carro de su padre y, por no ser capaz de marchar por el sendero paterno, quemó lo que estaba sobre la tierra y murió alcanzado por un rayo. La historia, aunque relatada como una leyenda, se refiere, en realidad, a una desviación de los cuerpos que en el cielo giran alrededor de la tierra y a la destrucción, a grandes intervalos, de lo que cubre la superficie terrestre por un gran fuego. Entonces, el número de habitantes de las montañas y de lugares altos y secos que muere es mayor que el de los que viven cerca de los ríos y el mar. El Nilo, salvador nuestro en otras ocasiones, también nos salva entonces de esa desgracia. Pero cuando los dioses purifican la tierra con aguas y la inundan, se salvan los habitantes de las montañas, pastores de bueyes y cabras, y los que viven en vuestras ciudades son arrastrados al mar por los ríos. En esta región, ni entonces ni nunca fluye el agua de arriba sobre los campos, sino que, por el contrario, es natural que suba, en su totalidad, desde el interior de la tierra. Por ello se dice que lo que aquí se conserva es lo más antiguo. En realidad, sin embargo, en todas las regiones en las que no se da un invierno riguroso y un calor extremo, la raza humana, en mayor o menor número, está siempre presente. Desde antiguo registramos y conservamos en nuestros

templos todo aquello que llega a nuestros oídos acerca de lo que pasa entre vosotros, aquí o en cualquier otro lugar, si sucedió algo bello, importante o con otra peculiaridad. Contrariamente, siempre que vosotros, o los demás, os acabáis de proveer de escritura y de todo lo que necesita una ciudad, después del período habitual de años, os vuelve a caer, como una enfermedad, un torrente celestial que deja sólo a los iletrados e incultos, de modo que nacéis de nuevo, como niños, desde el principio, sin saber nada ni de nuestra ciudad ni de lo que ha sucedido entre vosotros durante las épocas antiguas. Por ejemplo, Solón, las genealogías de los vuestros que acabas de exponer poco se diferencian de los cuentos de niños, porque, primero, recordáis un diluvio sobre la tierra, mientras que antes de él habían sucedido muchos y, en segundo lugar, no sabéis ya que la raza mejor y más bella de entre los hombres nació en vuestra región, de la que tú y toda la ciudad vuestra descendéis ahora, al quedar una vez un poco de simiente. Lo habéis olvidado porque los que sobrevivieron ignoraron la escritura durante muchas generaciones. En efecto, antes de la gran destrucción por el agua, la que es ahora la ciudad de los atenienses era la mejor en la guerra y la más absolutamente obediente de las leyes. Cuentan que tuvieron lugar las hazañas más hermosas y que se dio la mejor organización política de todas cuantas hemos recibido noticia bajo el cielo.'

Solón solía decir que al escucharlo se sorprendió y tuvo muchas ganas de conocer más, de modo que pidió que le contara con exactitud todo lo que los sacerdotes conservaban de los antiguos atenienses. El sacerdote replicó: 'Sin ninguna reticencia, oh, Solón, lo contaré por ti y por vuestra ciudad, pero sobre todo por la diosa a la que tocó en suerte vuestra patria y también la nuestra y las crió y educó, primero aquélla, mil años antes, después de recibir simiente de Gea y Hefesto, y, más tarde, ésta. Los escritos sagrados establecen la cantidad de ocho mil años para el orden imperante entre nosotros. Ahora, te haré un resumen de las leyes de los ciudadanos de hace nueve mil años y de la hazaña más heroica que realizaron. Más tarde, tomaremos con tranquilidad los escritos mismos y discurriremos en detalle y ordenadamente acerca de todo. En cuanto a las leyes, observa las nuestras, pues descubrirás ahora aquí

muchos ejemplos de las que existían entonces entre vosotros. En primer lugar, el que la casta de los sacerdotes esté separada de las otras; después, lo de los artesanos, el que cada oficio trabaje individualmente sin mezclarse con el otro, ni tampoco los pastores, los cazadores ni los agricultores. En particular, supongo que habrás notado que aquí el estamento de los guerreros se encuentra separado de los restantes y que sólo tiene las ocupaciones guerreras que la ley le ordena. Además, la manera en que se arman con escudos y espadas, que fuimos los primeros en utilizar en Asia tal como la diosa los dio a conocer por primera vez en aquellas regiones entre vosotros. También, ves, creo, cuánto se preocupó nuestra ley desde sus inicios por la sabiduría pues, tras descubrirlo todo acerca del universo, incluidas la adivinación y la medicina, lo trasladó de estos seres divinos al ámbito humano para salud de éste y adquirió el resto de los conocimientos que están relacionados con ellos. En aquel tiempo, pues, la diosa os impuso a vosotros en primer lugar todo este orden y disposición y fundó vuestra ciudad después de elegir la región en que nacisteis porque vio que la buena mezcla de estaciones que se daba en ella podría llegar a producir los hombres más prudentes. Como es amiga de la guerra y de la sabiduría, eligió primero el sitio que daría los hombres más adecuados a ella y lo pobló. Vivíais, pues, bajo estas leyes y, lo que es más importante aún, las respetabais y superabais en virtud a todos los hombres, como es lógico, ya que erais hijos y alumnos de dioses. Admiramos muchas y grandes hazañas de vuestra ciudad registradas aquí, pero una de entre todas se destaca por importancia y excelencia. En efecto, nuestros escritos refieren cómo vuestra ciudad detuvo en una ocasión la marcha insolente de un gran imperio, que avanzaba del exterior, desde el Océano<sup>1</sup> Atlántico, sobre toda Europa y Asia. En aquella época, se podía atravesar aquel océano dado que había una isla delante de la

---

<sup>1</sup> *Pélagos*, en el original. En el Diálogo, se ha traducido tradicionalmente como océano, pero algunos investigadores prefieren optar por otros significados, como “piélago”, que es como decir “brazo de mar”, “canal” o “estrecho”. Así se hizo en las traducciones latinas realizadas desde la antigüedad, como la del discípulo neoplatónico Chalcidio en el siglo IV, que sustituían *pélagos* por *fretum*. En esto se basan algunas teorías para afirmar que en realidad la Atlántida podría haberse encontrado en los terrenos de Cádiz, en el lugar de la desconocida Tartessos.

desembocadura que vosotros, así decís, llamáis columnas de Heracles. Esta isla<sup>2</sup> era mayor que Libia y Asia juntas y de ella los de entonces podían pasar a las otras islas y de las islas a toda la tierra firme que se encontraba frente a ellas y rodeaba el océano auténtico, puesto que lo que quedaba dentro de la desembocadura que mencionamos parecía una bahía con un ingreso estrecho.



Mapa de los continentes, según Platón

En realidad, era mar y la región que lo rodeaba totalmente podría ser llamada con absoluta corrección tierra firme. En dicha isla, Atlántida, había surgido una confederación de reyes grande y maravillosa que gobernaba sobre ella y muchas otras islas, así como partes de la tierra firme. En este continente, dominaban también los pueblos de Libia, hasta Egipto, y Europa hasta Tirrenia. Toda esta potencia unida intentó una vez esclavizar en un ataque a toda vuestra región, la nuestra y el interior de la desembocadura. Entonces, Solón, el poderío de vuestra ciudad se hizo famoso entre todos los hombres por su excelencia y fuerza, pues superó a todos en valentía y en artes guerreras, condujo en un momento de la lucha a los griegos, luego se vio obligada a combatir sola cuando los otros se separaron, corrió los peligros más extremos y dominó a los que nos atacaban. Alcanzó así una gran victoria e impidió que los que todavía no habían sido esclavizados lo fueran y al resto, cuantos

<sup>2</sup> Nêsos, en el original, que puede significar isla o península.

habitábamos más acá de los confines heráclidas, nos liberó generosamente. Posteriormente, tras un violento terremoto y un diluvio extraordinario, en un día y una noche terribles, la clase guerrera vuestra se hundió toda a la vez bajo la tierra y la isla de Atlántida desapareció de la misma manera, hundiéndose en el mar. Por ello, aún ahora el océano es allí intransitable e inescrutable, porque lo impide la arcilla que produjo la isla asentada en ese lugar y que se encuentra a muy poca profundidad".

### **Fragmento del Diálogo *Critias* de Platón referido a la Atlántida**

En esta obra, inacabada, Critias habla con Sócrates, retomando el tema de la sociedad ideal de la Atlántida, aportando una descripción de ella:

**CRITIAS:** Tal como dije antes acerca del sorteo de los dioses -que se distribuyeron toda la tierra, aquí en parcelas mayores, allí en menores e instauraron templos y sacrificios para sí-, cuando a Poseidón le tocó en suerte la isla de Atlántida la pobló con sus descendientes, nacidos de una mujer mortal en un lugar de las siguientes características. El centro de la isla estaba ocupado por una llanura en dirección al mar, de la que se dice que era la más bella de todas, y de buena calidad, y en cuyo centro, a su vez, había una montaña baja por todas partes, que distaba unos cincuenta estadios del mar. En dicha montaña habitaba uno de los hombres que en esa región habían nacido de la tierra, Evenor de nombre, que convivía con su mujer Leucipe. Tuvieron una única hija, Clito; cuando la muchacha alcanza la edad de tener un marido, mueren su padre y su madre. Poseidón la desea y se une a ella, y, para defender bien la colina en la que habitaba, la aísla por medio de anillos alternos de tierra y mar de mayor y menor dimensión: dos de tierra y tres de mar en total, cavados a partir del centro de la isla, todas a la misma distancia por todas partes, de modo que la colina fuera inaccesible a los hombres.

Entonces todavía no había barcos ni navegación. Él mismo, puesto que era un Dios, ordenó fácilmente la isla que se encontraba en el centro: hizo subir dos fuentes de

aguas subterráneas a la superficie -una fluía caliente del manantial y la otra fría- e hizo surgir de la tierra alimentación variada y suficiente. Engendró y crió cinco generaciones de gemelos varones, y dividió toda la isla de Atlántida en diez partes, y entregó la casa materna y la parte que estaba alrededor, la mayor y mejor, al primogénito de los mayores y lo nombró rey de los otros. A los otros los hizo gobernantes y encargó a cada uno el gobierno de muchos hombres y una región de grandes dimensiones. A todos les dio nombres: el mayor y rey, aquel del cual la isla y todo el océano llamado Atlántico tienen un nombre derivado; porque el primero que reinaba entonces llevaba el nombre de Atlante. Al gemelo que nació después de él, al que tocó en suerte la parte externa de la isla, desde las columnas de Heracles hasta la zona denominada ahora en aquel lugar Gadirica, le dio en griego el nombre de Eumelo, pero en la lengua de la región, Gadiro. Su nombre fue probablemente el origen del de esa región. A uno de los que nacieron en segundo lugar lo llamó Anferes, al otro, Evemo. Al que nació primero de los terceros le puso el nombre de Mneseo y al segundo, Autóctono. Al primero del cuarto par le dio el nombre de Elasipo, y el de Méstor al posterior. Al mayor del quinto par de gemelos le puso el nombre de Azaes y al segundo, el de Diáprepes. Todos estos y sus descendientes vivieron allí durante muchas generaciones y gobernaron muchas otras islas en el océano y también dominaron las regiones interiores hacia aquí, como ya se dijo antes, hasta Egipto y Etruria.

La estirpe de Atlas llega a ser numerosa y distinguida. El rey más anciano transmitía siempre al mayor de sus descendientes la monarquía, y la conservaron a lo largo de muchas generaciones. Poseían tan gran cantidad de riquezas como no tuvo nunca antes una dinastía de reyes ni es fácil que llegue a tener en el futuro y estaban provistos de todo de lo que era necesario proveerse en la ciudad y en el resto del país. En efecto, aunque importaban mucho del exterior a causa de su imperio, la mayoría de las cosas necesarias para vivir las proporcionaba la isla. En primer lugar, todo lo que, extraído por la minería, era sólido o fusible, y lo que ahora sólo nombramos -entonces era más que un nombre la especie del oricalco que se extraía de la tierra en muchos

lugares de la isla, el más valioso de todos los metales entre los de entonces, con la excepción del oro- y todo lo que proporciona el bosque para los trabajos de los carpinteros, ya que todo lo producían de manera abundante y alimentaba, además, suficientes animales domésticos y salvajes. En especial, la raza de los elefantes era muy numerosa en ella. También tenía comida el resto de los animales que se alimenta en los pantanos, lagunas y ríos y los que pacen en las montañas y en las llanuras, para todos había en abundancia y así también para este animal que es por naturaleza el mayor y el que más come. Además, producía y criaba bien todo lo fragante que hoy da la tierra en cualquier lugar, raíces, follaje, madera, y jugos, destilados, sea de flores o frutos. Pero también el fruto cultivado, el seco, que utilizamos para alimentarnos y cuanto usamos para comida -denominamos legumbres a todas sus clases- y todo lo que es de árboles y nos da bebidas, comidas y aceites, y el que usamos por solaz y placer y llega a ser difícil de almacenar, el fruto de los árboles frutales, y cuantos presentamos como postres agradables al enfermo para estímulo de su apetito, la isla divina que estaba entonces bajo el sol, producía todas estas cosas bellas y admirables y en una cantidad ilimitada. Como recibían todas estas cosas de la tierra, construyeron los templos, los palacios reales, los puertos, los astilleros, y todo el resto de la región, disponiéndolo de la manera siguiente.

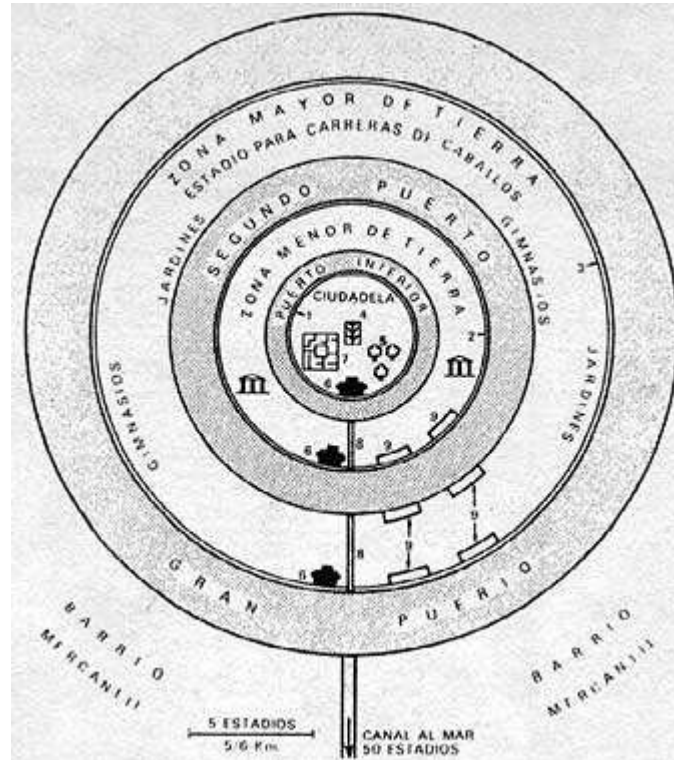
En primer lugar, levantaron puentes en los anillos de mar que rodeaban la antigua metrópoli para abrir una vía hacia el exterior y hacia el palacio real. Instalaron directamente desde el principio el palacio real en el edificio del Dios y de sus progenitores y, como cada uno, al recibirlo del otro, mejoraba lo que ya estaba bien, superaba en lo posible a lo anterior, hasta que lo hicieron asombroso por la grandeza y belleza de las obras. A partir del mar, cavaron un canal de trescientos pies de ancho, cien de profundidad y una extensión de cincuenta estadios hasta el anillo exterior y allí hicieron el acceso del mar al canal como a un puerto, abriendo una desembocadura como para que pudieran entrar las naves más grandes. También abrieron, siguiendo la dirección de los puentes, los círculos de tierra que separaba los de mar, lo necesario para que los atravesara un trirremes, y cubrieron la parte superior de modo que el



pasaje estuviera debajo, pues los bordes de los anillos de tierra tenían una altura que superaba suficientemente al mar. El anillo mayor, en el que habían vertido el mar por medio de un canal, tenía tres estadios de ancho. El siguiente de tierra era igual a aquel. De los segundos, el líquido tenía un ancho de dos estadios y el seco era, otra vez, igual al líquido anterior. De un estadio era el que corría alrededor de la isla que se encontraba en el centro. La isla, en la que estaba el palacio real, tenía un diámetro de cinco estadios. Rodearon ésta, las zonas circulares y el puente, que tenía una anchura de cien pies, con una muralla de piedras y colocaron sobre los puentes, en los pasajes del mar, torres y puertas a cada lado. Extrajeron la piedra de debajo de la isla central y de debajo de cada una de las zonas circulares exteriores e interiores; las piedras eran de color blanco, negro y rojo. Cuando los extranjeros, construyeron dársenas huecas dobles en el interior, techadas con la misma piedra. Unas casas eran simples, otras mezclaban las piedras y las combinaban de manera variada para su solaz, haciéndolas naturalmente placenteras. Recubrieron de tierra, la que usaban como si fuera pintura, todo el recorrido de la muralla que circundaba el anillo exterior, fundieron casiterita sobre la muralla de la zona interior, y oricalco, que poseía unos resplandores de fuego, sobre la que se encontraba alrededor de la Acrópolis. El palacio dentro de la Acrópolis estaba dispuesto de la siguiente manera. En el centro, habían consagrado un templo inaccesible a Clito y Poseidón, rodeado de una valla de oro: ese era el lugar en el que al principio concibieron y engendraron la estirpe de las diez familias reales. De las diez regiones enviaban cada año hacia allí frutos de la estación como ofrendas para cada uno de ellos. Había un templo de Poseidón de un estadio de longitud y trescientos pies de ancho. Su altura parecía proporcional a estas medidas, puesto que tenía una forma algo bárbara. Recubrieron todo el exterior del templo de plata, excepto las cúpulas, que revistieron de oro. En el interior, el techo de marfil, entremezclado con oro, plata y oricalco, tenía una apariencia multicolor. Revistieron las paredes, columnas y pavimento de oricalco. Dentro del templo colocaron imágenes de oro: El dios de pie sobre un carro llevaba las riendas de seis caballos alados y tocaba, a causa de su altura, el techo con la cabeza; lo rodeaban cien nereidas sobre delfines - pues los de aquel entonces creían que eran tantas. En el interior había muchas otras

estatuas que eran exvotos de particulares. Afuera, alrededor del templo, había estatuas de oro de todos, de las mujeres y de los hombres que habían pertenecido a la familia de los diez reyes, así como muchos otros exvotos grandes de los reyes y de particulares de la ciudad y de todas las regiones exteriores que dominaron. Había un altar que concordaba en su grandeza y su manufactura con esta construcción. El palacio, igualmente, se adecuaba a la grandeza del Imperio, así como al orden alrededor del templo. Para utilizar las fuentes de agua fría y caliente que por naturaleza tenían una abundante cantidad de agua en sabor y calidad excelente para el uso, construyeron alrededor edificios, hicieron plantaciones de árboles adecuadas a las aguas, levantaron cisternas al aire libre e invernales cubiertas para los baños calientes -aparte las reales, las públicas y las privadas, además de otras para mujeres y otras para caballos y el resto de los animales de tiro- y ordenaron convenientemente cada una de ellas. Dirigieron la corriente de agua hacia el bosque sagrado de Poseidón -múltiples y variados árboles de belleza y altura sobrenatural por la calidad de la tierra- y hacia los círculos exteriores por medio de canales que seguían la dirección de los puentes. Habían construido en aquel lugar muchos templos para muchos dioses, muchos jardines y muchos gimnasios, unos de hombres, otros, separados, de caballos, en las dos islas de los anillos. Además, en el centro de la isla mayor había un hipódromo de un estadio de ancho colocado aparte, cuya extensión permitía que los caballos compitiesen libremente todo el perímetro. Alrededor de este había, aquí y allí, casas de guardia para la mayoría de guardianes. La guardia de los más fieles estaba dispuesta en el anillo más pequeño y más cercano a la acrópolis y a los que más se distinguían en su fidelidad les habían dado casas dentro de la acrópolis en torno a los reyes. Los astilleros estaban llenos de trirremes y de todos los artefactos correspondientes, todo adecuadamente preparado. Los alrededores de la casa de los reyes estaban arreglados de la siguiente manera: cuando se atravesaban los puertos desde afuera -que eran tres- una muralla se extendía en círculo, a partir del mar -a cincuenta estadios por todas partes el anillo mayor y de su puerto- y se cerraba en la desembocadura del canal en el mar. Muchas casas poblaban densamente toda esta zona; la entrada del mar y el puerto mayor estaban llenos de

barcos y comerciantes llegados de todas partes que, por su multitud, ocasionaban vocerío, ruido y bullicio variado de día y de noche.



Plano de Atlántida, según Platón

Ahora ya tenemos recordados la ciudad y los alrededores de la antigua edificación, tal y como se describieron entonces. Debemos intentar recordar el resto de la región, como era su naturaleza y su forma en que estaba ordenado. En primer lugar, se decía que todo el lugar era muy alto y escarpado desde el mar, pero que los alrededores de la ciudad eran llanos, suaves y planos, circundados a su vez de montañas que llegaban hasta el mar. Esta llanura era de forma oblonga y tenía por un lado tres mil estadios y dos mil en el centro desde el mar hacía arriba. Esta zona de la isla estaba de cara al viento sur, de espaldas a la constelación de la Osa y protegida por el viento del norte. Entonces se loaba que las montañas que la rodeaban superaban por su número, grandeza y belleza a todas las que hay ahora y que tenían en ellas muchas ricas aldeas de vecinos, ríos, lagos y prados que daban alimento suficiente a todos los animales, domésticos y salvajes, bosques variados en cantidad y especie que

proveían abundantemente para todas y cada una de las obras. La naturaleza y muchos reyes, con su largo esfuerzo, habían conformado la llanura de la siguiente manera. En su mayor parte era un cuadrilátero rectangular, y lo que faltaba para formarlo lo había corregido por medio de una fosa cavada a su alrededor. Aunque la profundidad, ancho y longitud que les atribuyeron eran tan grandes, sin contar con las otras obras, que resultaba increíble para algo hecho por las manos del hombre, debemos decir los que escuchamos. Habían cavado una profundidad de cien pies; el ancho era en todos lados de un estadio y, como había sido cavada alrededor de toda la llanura, llegaba a la ciudad por ambos lados y allí dejaba fluir el agua al mar. Desde su parte superior habían abierto canales rectos de cien pies de ancho que corrían a lo ancho de la llanura hasta desembocar nuevamente en la fosa que daba al mar y distaban entre sí cien estadios de distancia uno de otro. Así bajaban a la ciudad la madera de las montañas y proveían con barcos el resto de los productos estacionales, ya que habían abierto comunicaciones transversales de unos canales a otros y hacia la ciudad. Cosechaban la tierra dos veces por año, en invierno con las aguas provenientes de Zeus, y en verano conducían desde los canales las corrientes que produce la tierra.

En cuanto número, estaba dispuesto que cada distrito de la llanura con hombres útiles para la guerra proveyera un jefe. La extensión del distrito era de diez veces diez estadios y los distritos era sesenta mil. Se decía que la cantidad de hombres de la montaña y del resto de la región era innumerable; todos estaban distribuidos en estos distritos y asignados a jefes según las zonas y las aldeas. Estaba reglamentado que cada jefe proveyera en caso de guerra la sexta parte de un carro de guerra hasta diez mil carros, dos caballos y jinetes, además de un par de caballos sin carro, un infante con escudo pequeño y el guerrero que lucha sobre el carro y conduce los dos caballos, dos hoplitas, arqueros y honderos, también dos cada uno, lanzadores de piedras y lanceros con armamento ligero, tres cada uno, y cuatro marineros para cubrir la tripulación de mil doscientas naves. Así estaba dispuesto lo concerniente a la guerra

en la ciudad real, lo de las nueve restantes lo estaba de otra manera que llevaría mucho tiempo relatar.



Lo relativo a los puestos de gobierno y los honores estuvo ordenado desde el principio de la siguiente manera. Cada uno de los diez reyes imperaba sobre los hombres y sobre la mayoría de las leyes en su parte y en su ciudad, y castigaba y mataba a quien quería. El gobierno y la comunidad de los reyes se regían por las disposiciones de Poseidón tal como se las transmitía la constitución y las leyes escritas por los primeros reyes en una columna de oricalco que se encontraba en el centro de la isla en el templo de Poseidón, dónde se reunían, bien cada lustro, bien, de manera alternativa, cada seis años, ara honrar igualmente lo par y lo impar. En las reuniones, deliberaban sobre los asuntos comunes e investigaban si alguno había infringido algo y lo sometían a juicio. Cuando iban a dar veredicto se daban primero las siguientes garantías unos a otros. Rogaban a Poseidón que tomara la ofrenda sacrificial que le agradara de entre los toros sueltos en su templo y ellos, que eran sólo diez lo cazaban sin hierro, con maderas y redes. Al que atrapaban lo conducían hacia la columna y lo degollaban encima de ella haciendo votos por las leyes escritas. En la columna, junto a las leyes, había un juramento que proclamaba grandes maldiciones para os que las desobedecieran. Tras hacer el sacrificio según sus leyes y ofrecer todos los miembros del toro, llenaban una cratera y vertían en ella un coagulo de sangre por cada uno. El resto lo arrojaban al fuego una vez que habían limpiado la columna. Luego, mientras extraían sangre de la cratera con fuentes doradas y hacían una libación sobre el

fuego, juraban juzgar según las leyes de la columna y castigar si alguien hubiera infringido algo antes, y, además, no infringir intencionalmente en el futuro ninguna de las leyes escritas, ni gobernar ni obedecer a ningún gobernante, excepto aquel que ordenara según las leyes del padre. Una vez que cada uno de ellos hubo prometido esto de sí y de su estirpe, bebido y dedicado la fuente como exvoto en el templo del dios y se hubo ocupado de la comida y de las otras necesidades, cuando llegaba la oscuridad y se había enfriado el fuego sacrificial se vestían con un bellissimo vestido púrpura y se sentaban en el suelo junto a las ascuas del juramento sacrificial. Durante la noche, tras apagar el fuego que se encontraba alrededor del templo, eran juzgados y juzgaban si alguien acusaba a alguno de ellos de haber infringido alguna ley. Cuando terminaban de juzgar, al hacerse de día, escribían los juicios en una tablilla de oro y la ofrendaban como recuerdo junto con las vestimentas. Había muchas otras leyes especiales acerca de los honores de cada uno de los reyes; lo más importante: no atacarse nunca unos a otros y ayudarse todos en caso de que alguien intentara destruir la estirpe real en alguna de sus ciudades, y tomar en común, como antes, las determinaciones concernientes a la guerra y a otras actividades, bajo la conducción de la estirpe de Atlante. Ningún rey podía matar a ninguno de sus parientes, si no contaba con la aprobación de más de la mitad de los diez.

Según el relato, tan gran potencia y de tales características existentes entonces en aquellas zonas ordenó y envió el Dios contra nuestras tierras por la siguiente razón. Durante muchas generaciones, mientras la naturaleza del Dios era suficientemente fuerte, obedecían las leyes y estaban bien dispuestas hacia lo divino emparentado con ellos. Poseían pensamientos verdaderos y grandes en todo sentido, ya que aplicaban la suavidad junto con la prudencia a los avatares que siempre ocurren y unos a otros, por lo que excepto la virtud, despreciaban todo lo demás, tenían en poco las circunstancias presentes y soportaban con facilidad, como una molestia, el peso del oro y de las otras posiciones. No se equivocaban, embriagados por la vida licenciosa, ni perdían el dominio de sí a causa de la riqueza, sino que, sobrios, reconocían con claridad que todas estas cosas crecen de la amistad unida a la virtud común, pero que

con la persecución y la honra de los bienes exteriores, estos decaen y se destruye la virtud con ellos. Sobre la base de tal razonamiento y mientras permanecía la naturaleza divina, prosperaron todos sus bienes, que describimos antes. Más cuando se agotó en ellos la parte divina porque se había mezclado muchas veces con muchos mortales y predominó el carácter humano, ya no pudieron soportar las circunstancias que los rodeaban y se pervirtieron, y al que los podía observar les parecían desvergonzados, ya que habían destruido lo más bello de entre lo más valioso, y los que no pudieron observar la vida verdadera respecto de la felicidad, creían entonces que eran los más perfectos y felices, porque estaban llenos de injusta soberbia y de poder. El Dios de Dioses Zeus, que reina por medio de leyes puesto que puede ver tales cosas, se dio cuenta de que una estirpe buena estaba dispuesta de manera indigna y decidió aplicarles un castigo para que se hicieran más ordenados y alcanzaran la prudencia. Reunió a todos los dioses en su mansión más importante, la que, instalada en el centro del universo, tiene vista a todo lo que participa de la generación y, tras reunirlos, dijo...

(El texto termina así, abruptamente; al parecer no pudo concluirse o nos ha llegado incompleto)

## Apéndice II: Teorías después de Platón

Vamos a hacer un repaso de los principales personajes de la historia que, después de aparecer los “*Diálogos*” de Platón donde se menciona la Atlántida, la citaron e incluso se aventuraron a dar alguna hipótesis sobre su existencia y su localización.

- Siglo IV a.C. Crantor viaja a Egipto y confirma la historia de Platón sobre la Atlántida, afirmando que los sacerdotes le mostraron unas columnas con la historia escrita en jeroglíficos.  
Theopompos ubica la Isla Atlántida en el Océano Atlántico sobre las costas occidentales en un punto indeterminado entre Hispania y África.  
Teofrastos habla de colonias Atlantes en el mar Atlántico.
- Siglos II-I a.C. El geógrafo Marcellus habla de una isla en el Atlántico que había formado parte de la Atlántida y a la que llama "la isla de Poseidón".
- Siglo I a.C. El historiador Diodoro de Sicilia habla de una isla junto a las costa atlántica de Iberia o Marruecos.  
El mitólogo Dionyos de Mileto la sitúa en el Océano Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 13-54 El filósofo Filón menciona una Isla perdida en las costas del Océano Atlántico.
- 155-222 El apologista Tertulliano la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- Siglos III-IV Arnobios la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 250-330 El filósofo Jamblico la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- Siglo IV Chalcidius realizó la primera traducción al latín conocida del “*Timeo*” de Platón. Sitúa la Atlántida en la boca del estrecho de Hércules (Gibraltar), entre Gadeira (Cádiz) y el Atlas (Marruecos), tal y como afirmaba Platón.  
Siguiendo las palabras de Platón y Chalcidius, el geógrafo Cosmos Indicopleustes la sitúa "junto a las Columnas de Hércules", en dirección a Gadeira (Cádiz).
- Siglos IV-V El historiador Ammiano Marcellino menciona una isla desaparecida en las costas Atlánticas.
- 412-485 El filósofo Proclus la sitúa en algún lugar de las costas del Atlántico.
- 1592 El padre Juan de Mariana, célebre jesuita de Talavera de la Reina, Toledo fue el primero, al parecer, en identificar la isla Atlántida de Platón con la península de Iberia, España, según afirmó después José Pellicer de Ossau i Tovar en 1673.
- 1633 El erudito J. Bircherodius la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar



- preciso.
- 1644 El erudito J. Swan la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1655 El enciclopedista A. Kircher la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1670 El geógrafo C. Becman la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1673 Al igual que el padre Mariana, José Pellicer Ossau y Tovar identificó la isla Atlántida con la península de Iberia o España. Fue el primero en realizar un estudio comparativo entre los diálogos del “*Timeo*” y el “*Critias*” de Platón, y algunas tradiciones de la historia de España que coinciden con los datos ofrecidos por Platón. Relacionó a la cultura de Tartessos con los Atlantes, ubicó la acrópolis en la desembocadura del Guadalquivir, en las Marismas de Hinojos, y fue el primero en afirmar que Ofir era la región de las costas Occidentales de Iberia (Portugal).
- 1658-1708 El botánico J. Pitton de Tournefort la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1694-1778 El etnólogo Ch. De Brosses la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1713-1796 El historiador Guillaume Raynal la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1721 El teólogo Cottin la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1752 El erudito P. H. Buache la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1767 El erudito Samuel Engel la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1778-1846 El naturalista Bory de Saint-Vincent la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1787 El erudito G. R. de Carli la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- Siglo XVIII El geógrafo C. Cellarius la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.  
El poeta William Blake cita una isla desaparecida en algún lugar de las costas del Atlántico.
- 1801 El escritor Fabre d'Olivet la sitúa en el Mediterráneo occidental, entre España y Marruecos.
- 1803 El naturalista Bory de Saint-Vincent habla de una isla desaparecida en el Océano Atlántico, en las proximidades de las Canarias.
- 1822-1890 El arqueólogo H. Schliemann la sitúa en el Atlántico, al parecer en el mismo

- centro del Atlántico, entre Azores y Madeira.
- 1832 El erudito G. L. D. de Rienzi la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1835 El paleobotánico Oswald Heer la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1838 El erudito Fortia d'Urbain la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1843 El erudito J. F. Jolibois la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1845-1902 El poeta español Jacinto Verdaguel sitúa la Atlántida en parte de España y Marruecos.
- 1856 El erudito Oscar Heer la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1858 El viajero y explorador T. L. Harris la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1860 El botánico Fr. Unger la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1870 Julio Verne, seguidor de la creencia de que la Atlántida había existido, la sitúa en el Atlántico, frente a España.
- 1875 El erudito L. M. Hosea la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1877 La teósofa y esoterista Elena Blavatsky menciona una isla desaparecida en el Océano Atlántico.
- 1882 El erudito I. Donnelly la sitúa en el Atlántico.
- 1883 El geógrafo E. F. Berlioux la sitúa en el Monte Atlas (Marruecos) y cerca de Gibraltar.
- 1892 El erudito R. P. E Brosse la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1896 El médico A. Le Plongeon habla de una isla desaparecida en algún lugar sin precisar del Atlántico.  
El esoterista W. Scott-Elliot la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1897 La teósofa A. W. Besant la sitúa en el Atlántico, pero no la ubica en un lugar preciso.
- 1911 Juan Fernández Amador de los Ríos siguió la línea trazada por sus antecesores José Pellicer de Ossau y Tovar y el Padre Mariana, identificando la isla Atlántida con toda la península Ibérica. Fue el primero en realizar un estudio extenso comparativo entre los diálogos del “*Timeo*” y el “*Critias*” de Platón y la geografía, arqueología e historia de Iberia. También relacionó la

- cultura de Tartessos con los Atlantes y fue el primero en asociar a los Pueblos del Mar con los Atlantes. Su trabajo es mucho más profundo y erudito que el de Schülten, mérito que lamentablemente no se le reconoce aún.
- 1912 Paul Schliemann, siguiendo las ideas de su abuelo y de Julio Verne, la ubica enfrente y al norte de España.
- 1913 El científico Hans Hörbiger habla de una isla desaparecida en algún lugar sin precisar del Atlántico.
- 1920 El geólogo A. L. Rutot la sitúa en Marruecos.
- 1922 El teósofo Rudolf Steiner menciona una isla desaparecida en algún lugar sin precisar del Atlántico.
- El arqueólogo Adolf Schülten la ubica en Andalucía, identificándola con el reino de Tartessos. Sigue las mismas ideas de los autores españoles anteriormente citados, aunque no los reconoce ni los menciona en su obra. En el mismo año de la aparición de su obra en España se le interpuso una demanda por plagio.
- 1925 El historiador R. Hennig la ubica en Andalucía, identificándola con el reino de Tartessos. Utiliza casi las mismas ideas de Schülten y otras tomadas de los autores españoles a los que tampoco menciona ni reconoce.
- Lewis Spence habla de un grupo de islas desaparecidas en algún lugar del Océano Atlántico y también afirma que Atlántida podría ser parte de América.
- 1926 El escritor J. Churchward habla de una isla desaparecida en algún lugar sin precisar del Atlántico.
- El esoterista Paul Le Cour habla de una isla desaparecida en algún lugar sin precisar del Atlántico.
- 1928 Elena Wishaw ubica el corazón de Atlántida en Niebla, ciudad antigua de Huelva, asociándola con la época megalítica y de la Edad del Cobre. Tampoco reconoce el trabajo de los autores españoles anteriores.
- 1929 Hermann Wirth habla de un área continental del Atlántico del Norte.
- 1930 El científico y esoterista español Mario Rosso de Luna defiende la presencia de atlantes en Extremadura, región occidental de España, junto a Portugal, pero comparte la idea de sus antecesores teósofos y esoteristas de identificar la Atlántida con un gran continente en el Atlántico, entre Europa y América.
- 1935 El médium y esoterista Edgar Cayce identifica la Atlántida con las islas atlánticas (Mar de los Sargazos, Antillas, Bahamas hasta las Azores).
- 1953 El arqueólogo Jürgen Spanuth, siguiendo a Wirth, la ubica en el área continental del Atlántico del Norte. Al igual que hiciera ante el historiador español Juan Fernández Amador de los Ríos, identifica a los Pueblos del Mar con los atlantes.
- 1954 El escritor L. Sprague de Camp menciona una isla desaparecida en algún

- lugar sin precisar del Atlántico.
- 1975 Siguiendo la misma línea de Elena Whishaw y Schülten y de los autores españoles anteriores a Whishaw y Schülten, Maxine K. Asher defiende que la Atlántida se hallaba en Cádiz. Reportó a finales de la década de los años ochenta unas supuestas ruinas arqueológicas sumergidas frente a Cádiz que los científicos españoles conocían desde hacía mucho tiempo y que pertenecen a los fenicios. Por otra parte, hay que señalar que no existe ninguna prueba que confirme esta fecha de 1974, salvo lo que la propia autora dice, pues el libro que usa como referencia es una publicación particular sin número de registro de ISBN. No fue hasta después de 1997 cuando publicó su primer libro con número de ISBN, y se trata de una novela, pero no desarrolla su teoría ni aporta pruebas nuevas que puedan ser verificadas por nadie, porque no es un trabajo de investigación.
- 1976 Otto Muck habla de una isla desaparecida en algún lugar sin precisar del Océano Atlántico.
- 1980 Manson Valentine, Berlitz, Carnac defienden la teoría de Bahamas (Bimini) y la Florida.
- 1984 Jorge María Ribero-Meneses ubica la acrópolis de Atlántida en el Norte de España, en Cantabria.
- 1985 El científico Emilio Spedicato la identifica con Isla Española o de Santo Domingo.
- 1986 Jacques Gossart habla de una isla desaparecida en el Océano Atlántico.
- 1990 Jean Deruelle la sitúa en Dogger Bank, en el Mar del Norte.
- 1994 El escritólogo Georgeos Díaz-Montexano identifica por primera vez la isla de Atlántida con Iberia y parte del Noroeste de África. Realiza sus publicaciones en una serie de artículos durante varios fines de semanas en el periódico "Diario 16", entre 1994 y 1995 y también en "La Voz de Galicia".
- 1995 Viatcheslav Koudriavtsev la sitúa en Sole Bank, en el Mar Céltico.
- 1997 Georgeos Díaz-Montexano identifica a las Islas Madeira y Azores como parte de las colonias de Atlántida. Publica sus hipótesis en la revista "ArqueoHistoria », en abril de 1997.
- 1999 El escritor L. Gerardin la sitúa en el Mar del Norte y los litorales europeos occidentales.
- 2000 El escritor Andrew Collins la identifica con Cuba.  
En marzo, Georgeos Díaz-Montexano se reafirma sobre su teoría con Atlántida como Iberia y parte del Noroeste de África. Primera identificación del "piélago Atlántico" de Platón con el archipiélago sumergido delante de Gibraltar, donde se halla la Isla o Banco de Majuan (Spartel Island, según Collina-Girard, después) sumergida a cincuenta metros. Según publicación

del autor en “Más Allá de la Ciencia”, la Atlántida entera era toda la península Ibérica más la extensión de este archipiélago que unía como un puente o istmo a la parte africana de Marruecos, y que se extendería también hasta las Islas Madeira. Localiza la acrópolis en alguna parte de este archipiélago, cercano a Gibraltar.

2001 Jacques Collina-Girard hace pasar por suya parte de la anterior teoría, afirmando en todos los medios de comunicación y en su publicación oficial (marzo de 2001), ante la Academia de Ciencias Francesa, que nadie antes que él se había fijado en el archipiélago de islas que existió como un puente entre Iberia y África, delante de la boca de Gibraltar, y que nadie antes había considerado la posibilidad de buscar la Atlántida delante de la boca del estrecho de Gibraltar. Collina-Girard propone a la Isla de Espartel, que es el nuevo nombre que él le da a la Isla de Majuan.

2002 Georgeos Díaz-Montexano, siguiendo con la misma teoría publicada por primera vez en marzo del 2000, sobre la Atlántida ibero-marroquí, logra ahora precisar (al contar con nuevos datos documentales y arqueológicos) que la acrópolis de Atlántida se hallaría en la península, punta o cabo sumergido frente a Trafalgar, que en tiempos de la Atlántida, la Edad del bronce, se encontraría aún sumergido en su mayor parte. Esta *insula o nesos* se hallaba justamente delante de la boca del Estrecho, casi en el vestíbulo, como afirmaba Platón (según las traducciones latinas de Chalcidion, Ficino y Cornarius) y muy cerca de la isla sumergida de Majuan o Espartel.

Riven, pseudónimo o alias de un investigador anónimo, que ha publicado en el Foro de Atlantis Rising (AR) y en un website propio, se suma a la teoría tradicional y más antigua situando Atlántida en medio del Océano Atlántico, entre las Islas Azores y Madeira. Aporta algunas ideas novedosas e increíbles como puede ser la hipótesis de identificar la llanura de Atlántida con la gran llanura abisal, a más de mil metros de profundidad, que aparece frente a Portugal, entre las Azores y Madeira.

2003 Erick Wright inicialmente comenzó defendiendo la teoría de Marruecos, pero después cambió a la teoría de Anatolia. Actualmente piensa que Atlántida no existió, que fue una simple ficción de Platón.

Jonas Berghman ubica la región principal de Atlántida y su acrópolis en el Marruecos occidental. Otros autores como Berlioux (1883) y Rutot (1920) la ubicaron también en Marruecos y en el Atlas, mientras que Díaz-Montexano (2000), ubica en Marruecos la parte meridional del imperio de Atlántida. En la actualidad, Jonas Berghman es el único autor que defiende esta teoría.

El profesor Werner Wickboldt, siguiendo a Schülten, Whishaw y Hennig (y al parecer sin conocer a los autores españoles anteriores a estos) defiende que

la acrópolis se hallaba en la desembocadura actual del río Guadalquivir, en las Marismas de Hinojos. Se basa en la supuesta identificación de unas posibles ruinas de templos observadas en fotos de satélite. El lugar es el mismo que ya había sido antes propuesto por el historiador español José Pellicer de Ossau i Tovar en 1673.

El científico Rainer Kühne se apropia de la teoría de Werner Wickboldt y la divulga por casi todos los medios de comunicación del mundo entero, quedando como el autor y el protagonista principal de la teoría.

### **Apéndice III: Glosario de Términos Náuticos**

#### **Amura**

Parte de los costados del buque donde éste empieza a estrecharse para formar la proa.

#### **Barlovento**

La parte de donde viene el viento, con respecto a un punto o lugar determinado.

#### **Botavara**

Percha horizontal que se articula en la parte inferior de un mástil, en este caso el de mesana.

#### **Combés**

Espacio que media entre el palo mayor y el de trinquete.

#### **Estanca**

Se llama así a la cubierta bien reparada, para no hacer agua por sus costuras. A veces se regaba para comprobar esto.

#### **Guiñada**

Movimiento de un buque que cae sucesivamente de una banda a la otra, ya sea por marejada o mal gobierno.

#### **Jarcia**

Aparejos y cabos de una embarcación.

#### **Mastelero**

Cada uno de los palos menores que van sobre los principales en la mayor parte de las embarcaciones, para sostener las velas.

#### **Obenque**

Cada uno de los cables que sujetan los palos por los costados.

#### **Orzando**

Cara al viento.

**Quilla**

Pieza que va de proa a popa por la parte inferior del barco, donde asienta toda su armazón.

**Tajamar**

Pieza metálica en que van remachados los extremos de las últimas planchas de proa.

**Verga**

Percha que cuelga de un mástil y sirve para sostener una vela.



## Apéndice IV: Bibliografía principal

*Arqueología Mexicana* (revista).

Varios números

Editorial Raíces S.A.

*Chichén-Itzá, Tulum y Cobá*

Universal Images Enterprises (2001)

*Dinosaurios. Los señores del pasado*

José Luis Sanz

Ediciones Martínez Roca (2000)

*El asunto Némesis (La extinción de los dinosaurios)*

David M. Raup

Ediciones del Prado (1994)

*El enigma de los dinosaurios*

John Noble Wilford

Editorial Planeta S.A. (1991)

*Enciclopedia ilustrada de los Dinosaurios*

David Norman

Susaeta Ediciones (1992)

*Enciclopedia ilustrada de los Pterosaurios*

Meter Wellnhofer

Susaeta Ediciones (1994)

*Historia 16 nº 281. El enigma de los mayas*

Historia Viva S.L.. (1999)

*Las ciudades perdidas de los mayas*

Claude Baudez y Sydney Picasso

Ediciones B S.A. (1999)

*Las ciudades perdidas de los mayas. Vida, arte y descubrimientos de Frederick Catherwood*

Fabio Bourbon

Folio

*Los dinosaurios de sangre caliente*

Adrian Desmond

Plaza & Janés Editores S.A. (1992)

*Los mayas. Perfil histórico ilustrado*

Roberto Giagnoli

Universal Images Enterprises (1993)

*National Geographic Magazine.*

Varios números

RBA Editores

*Temas de Investigación y Ciencia nº 30: Dinosaurios*

Prensa Científica S.A. (2002)

*Tyrannosaurus Rex y el cráter de la muerte*

Walter Álvarez

Grijalbo Mondadori S.A. (1998)

## Apéndice V: Otros escritos sobre Atlántida

No abundan las obras de ficción que traten sobre Atlántida, que desarrollen una descripción del sitio e intenten recrear su existencia. Sin embargo, se pueden destacar algunas de ellas.

Con *La nueva Atlántida*, publicada póstumamente en 1627, el eminente filósofo y culto literario de la lengua inglesa Francis Bacon aspira a una reforma de la sociedad a través de la ciencia aplicada, para lo cual, será necesario, en primer lugar, iniciar una revisión de los objetivos y los métodos científicos. A diferencia de Tomás Moro, cuya fama radica precisamente en su *Utopía* recogiendo todo su pensamiento, la obra de Bacon reúne sólo una parte de sus reflexiones. Bacon crea la ficción de un estado ideal en el cual son felices los ciudadanos debido a la perfecta organización social reinante; al menos, los males sociales se han reducido al límite mínimo. El título remite al mito de Platón, creador de otra utopía donde habla de un antiguo continente hundido en el océano. Pero Bacon no se ocupa primordialmente de la organización de la economía y de la sociedad, sino que, como hombre de ciencia preocupado con el porvenir de la ciencia y sus posibilidades futuras, orienta su interés hacia la conquista de la naturaleza por el hombre. Son geniales las predicciones contenidas en *La nueva Atlántida*: el submarino, el avión, el micrófono, el crecimiento artificial de los frutos, etc. La "casa de Salomón", sociedad que figura en este libro, y cuya misión es la de dirigir la vida del país, sirvió de modelo para crear la Royal Society inglesa, que tan alto papel ha desempeñado en la Gran Bretaña.

En *20.000 leguas de viaje submarino* (1869), Jules Verne incluye una visita en el *Nautilus* a las ruinas sumergidas de Atlántida en el Océano Atlántico.

En 1900, J. Cutcliffe Hyne publica *El continente desaparecido*, obra que trata, a través del sacerdote atlante Deucalión, sobre los últimos años de la legendaria Atlántida, cuando éste se encuentra en la cima de su poder y su gloria. Los atlantes han establecido lejanas colonias en Egipto y Centroamérica y sus poderosas naves patrullan todos los mares. De su lectura se desprenden algunas similitudes inevitables con *Ladrones de Atlántida*, aunque el grado de fantasía empleada en esta última es mayor. Si en la obra de Hyne el poder convierte en criaturas casi divinas a los personajes, en *Ladrones de Atlántida* son los dioses los que ostentan el poder sin cederlo. Pero, de igual forma, la única escapatoria al final del libro parece reducirse a una embarcación flotante. No obstante, ha de matizarse que el autor no había leído novela alguna relacionada con la Atlántida hasta después de terminada su obra, precisamente para no verse influenciado de ninguna manera.

En *La Atlántida* (1919), de Pierre Benoit, André de Saint-Avit descubre una ciudad con hermosos edificios situada en una región inexplorada del Sahara africano y gobernada por la reina Antinea, de difícil carácter.

En *El abismo de Maracot* (1929), de Sir Arthur Conan Doyle, el profesor Maracot, C. J. Headley y W. Scanlan descubren una ciudad sumergida al sur de las Islas Canarias, de estilo fenicio. Posee un hermoso templo dedicado a la diosa Atenea y ruinas de templos abandonados. Su población es gente agradable y pacífica, poco habladora.

En los primeros años de la década de los sesenta del siglo XX, Pedro Domingo Mutiñó, más conocido por su seudónimo literario de Domingo Santos (también utilizó el de P. Danger), sin duda uno de los más importantes e internacionales escritores españoles de ciencia ficción, publicó algunas novelas entre las que se encuentran las dos que componen la serie sobre Atlántida. *El umbral de la Atlántida* comienza de una manera bastante interesante, cuando, en pleno océano Atlántico, es pescado un tiburón en cuyo estómago se descubre un trozo de plata labrada, lo que ocasiona la organización de un viaje al fondo del océano que tiene por objeto buscar las ruinas sumergidas de la Atlántida. La novela termina con el descubrimiento de las mismas y el hallazgo, mucho más preocupante, de los rastros de una expedición anterior. Lamentablemente, *Los hombres del más allá*, no está a su altura. Según explica el autor, al ocurrir el hundimiento de la Atlántida sus habitantes se desplazaron en masa ¡nada menos que a Marte!, adaptándose a las condiciones de vida del Planeta Rojo y creando en él una gran civilización basada en la telepatía y los poderes mentales. Han sido los marcianos quienes organizaron, fingiendo que se trataba de un descubrimiento casual, la trama que desembocó en el hallazgo de las ruinas de la Atlántida, con objeto de secuestrar a sus componentes para llevárselos a Marte. Una vez allí les obligan a realizar un viaje de exploración a Júpiter ya que ellos, por unas extrañas razones insuficientemente explicadas, no son capaces de hacerlo. La visita a Júpiter, dicho sea de paso, no deja de ser un anodino episodio sin nada especial que destacar. Las cosas cambian radicalmente al retornar los protagonistas a Marte. Los marcianos, azotados por una especie de ola mental que afecta a todo el planeta paralizando a su población, se ven obligados a reconocer su error y a disculparse ante sus forzados huéspedes, accediendo a dejarlos libres facilitándoles el retorno a la Tierra.

Anton Donev publicó en 1966 un breve y curioso relato titulado *Y la Atlántida se hundió*.

*Cartas desde la Atlántida* (1990), de Robert Silverberg, es un relato fantástico sobre una civilización que habría florecido hace unos 20.000 años. Mientras el cuerpo de Roy Colton, que ha participado en varios viajes en el tiempo, yace en un laboratorio del futuro, su mente reside dentro de Ramifon Sigiliterimor Septagimot Stolifax Blayl (que se traduciría como “Amado de los Dioses de la Luz y el Universo”), heredero del trono de Athilan.

Dirk Pitt, personaje creado por Clive Cussler, es un Indiana Jones del Mar al que su creador hace vivir diferentes aventuras en las entregas que ha ido publicando. En *El secreto de la Atlántida* (2002), un grupo de balleneros atrapados en los hielos antárticos en 1858 topa con un viejo barco de 1779 que se encuentra en su misma situación. A bordo les espera una escerna terrorífica: los congelados cadáveres que todavía parecen vigilar la valiosa carga, guardada en cajas de madera. Al lado de ella, como una amenaza, hay una extraña calavera de obsidiana que recogen antes de que la nave desaparezca. En 2001, un grupo de arqueólogos contempla maravillado las extrañas inscripciones en la pared de una cueva en las montañas de Colorado y descubren otra de estas calaveras. De repente, una explosión taponó la salida. Más tarde, el barco de investigación de Dirk Pitt casi es destruido y Pitt comienza a investigar, descubriendo que tras todo ello se encuentra la secta del Cuarto Imperio. Él es el único que sabrá descubrir sus planes y salvar el mundo.

En 2005, Thomas Greanias publicó *El resurgir de la Atlántida* después de obtener un importante éxito con esta novela en internet, según cuentan en la campaña de promoción del libro. Al parecer, la intención del autor era reabrir los mitos de la Atlántida y de los orígenes del hombre, pero se quedó en eso, una intención. En la Antártida, un terremoto glacial se traga a un equipo de científicos y deja al descubierto un misterioso monumento más antiguo que la propia Tierra. En Perú, el doctor Conrad Yeats, arqueólogo, es apresado por las Fuerzas Especiales de los Estados Unidos para que desentrañe la clave final de los orígenes de la raza humana. En Roma, el Papa convoca al Vaticano a una activista medioambiental, la doctora Serena Serghetti, con el fin de revelarle la terrorífica visión de un desastre apocalíptico. Las leyendas de una civilización perdida y las profecías de las religiones más importantes del mundo conducen a un descubrimiento estremecedor que cambiará el destino de la Humanidad.

En 2006, José Rubio y José Miguel Cuesta publicaron *La ciudad de las puertas de oro*. Según esta novela, hace 12.000 años, los griegos se enfrentaron a un ejército invencible procedente del imperio más poderoso de la Tierra: Atlántida. En aquellos tiempos, la magia y los misterios pervivían en manos de los sacerdotes y

los nigromantes. Los diez reyes de Atlántida gobernaban el mundo, y de entre ellos surgió el Emperador del Sol de Medianoche, heredero de la mítica Ciudad de las Puertas de Oro. El mundo se vio envuelto en una guerra donde se enfrentaron guerreros atlantes, amazonas, ejércitos griegos; donde surgieron los últimos vestigios de la magia egipcia y los barcos se movían impulsados por genios invisibles. Fuerzas telúricas, ruinas milenarias que ocultaban olvidados secretos, hierofantes de Shambala, el Rey del Mundo... Un Universo situado entre la realidad y el mito, entre la fantasía y el esoterismo; un viaje a un tiempo que tal vez existió, y que nos abre una puerta que saciará el deseo de aventura de nuestra alma.

Más recientemente, David Gibbins, que ha dedicado gran parte de su vida a la arqueología submarina, ha escrito *Atlántis*, combinación de novela de suspense, novela histórica y de aventuras que intenta arrojar luz sobre el mito de la Atlántida. Fascinado durante siglos por el mito de la Atlántida, el hombre nunca ha dejado de buscar esta isla legendaria, el lugar más avanzado de todos los tiempos, cuyos ciudadanos nadan en la abundancia y viven en armonía. Una sociedad perfecta que de repente desaparece bajo las olas en los albores de la historia, sin dejar rastro ni de la situación ni de los grandes secretos escondidos entre sus muros. Al arqueólogo marino Jack Howard le ha sonreído la suerte: mientras buceaba por un naufragio en el Mediterráneo, su equipo descubre lo que podía ser la clave de la situación de la Atlántida. Con este único indicio, y con los conocimientos que le han convertido en el experto más respetado en su campo, Jack se propone encontrar lo que otros han buscado durante más de mil años.